

# **El asesinato de Marco Tulli**

## ÍNDICE

Capítulo 1 .....	2
Capítulo 2 .....	25
Capítulo 3 .....	38

# CAPÍTULO 1

Mientras Nathaniel masticaba rítmicamente el chicle de fresa ácida (su sabor favorito con diferencia, seguido muy de lejos por la manzana ácida) su inseparable compañero de batalla y su amigo des la infancia, Noah, quemaba su cigarrillo de una sola y profunda calada para, una vez terminado hasta el filtro, tirarlo al suelo con mucha destreza, empujando la colilla con los dedos pulgar e índice.

Estaban esperando sentados en un banco, a las afueras de un instituto cualquiera. Aunque su edad de estudiantes había tocado fin ya hacía años (rondaban la treintena) les gustaba ver a las chicas más jóvenes salir de clase. Se había convertido en una rutina. Iban todas como unas putas, con faldas cortas (o cinturones anchos, depende de cómo se mire) botas con tacones más altos que ellas mismas y las caras pintadas hasta ocultar cualquier centímetro de piel natural. Eran las *barbies* del nuevo siglo.

Empezaba a sonar el timbre que indicaba el fin de la hora de patio y la vuelta a clase. El espectáculo se había acabado y las chicas iban abandonando el patio poco a poco (algunas solas y otras iban acompañadas de chicos altos y fuertes que enseñaban su propiedad con prepotencia y ellas contentas de serlo).

- ¿Nos vamos? – Preguntó Nathaniel – En este lugar ya no pintamos nada y empiezo a tener hambre. Vamos a almorzar.- Los dos amigos se levantaron y se encaminaron hacia el coche, que estaba aparcado al lado de un muro pintado con graffitis de simbología anarquista.

La inspectora Fuschino estaba desconcertada. Aunque ya llevaba diez años en el cuerpo de policía no había visto nunca una cosa como aquella en esta ciudad. El cadáver presentaba mutilaciones en las manos y en los pies, tenía un tiro entre ceja y ceja y la lengua cortada. No quería admitirlo, pero todo apuntaba a la mafia.

Sus pensamientos se remontaron a la última vez que había visto una cosa parecida. Era un día soleado de 1963, una brisa suave jugaba con las sábanas que su madre había colgado. Aunque fuera Abril, el Sol calentaba de lo lindo – siempre lo hace al Sur de Italia – y la joven Ottavia descansaba bajo la sombra de una higuera. Ella era una niña de tan solo 7 años, pero ese recuerdo la acompañaría toda su vida.

Siempre le habían dicho que no debía entrar en el despacho de su padre, pero nunca hacía caso. Siempre encontraba una excusa para poder entrar en la habitación sin que nadie la viera; quería mirar un atlas, necesitaba papel para dibujar...daba igual la excusa, le gustaba ese lugar oscuro de la casa, con el suelo de madera y las paredes llenas de libros. Como siempre, abrió la puerta con mucho cuidado para asegurarse que nadie la veía. Todo estaba oscuro y no vio el cuerpo que estaba en el

suelo, hasta que tropezó. Era su padre. ¿Qué hacía tumbado? ¡El *pappa* nunca hacía tonterías! Se acercó un poco más para llegar a la mesa y poder encender la luz, pero algo la hizo resbalar. Era un líquido viscoso. Esa visión fue como un puñetazo en el estómago. Su padre, Constanzo Fuschino e inspector de la policía de la ciudad de Catania, estaba tumbado en el suelo sin manos ni pies, la boca era un agujero negro lleno de sangre y los ojos la miraban, sin expresión. Estaba muerto.

Esto se tiene que terminar de una vez – se decía a si misma, encerrada en un lavabo de un bar de mala muerte, donde solo habían borrachos y yonkis, esperando su turno para tomarse su dosis diaria. Lola sólo tenía 22 años y hacía ya unos cuantos que había entrado en el mundo de las drogas. Pero tenía una cosa clara y era que, en este punto de su vida, necesitaba un cambio radical.

- La última vez, la última vez. – Sacó un billete de 20 euros de su cartera para hacerse un rulo. Miró las dos rallas de cocaína que tenía preparadas encima del carné de identidad y en dos segundos ya habían desaparecido. En realidad, le encantaba esa sensación ácida bajando por su garganta y sus dientes adurmiéndose adormeciéndose poco a poco. La cocaína empezaba a hacer efecto. Cuando salió del lavabo, se dio cuenta de que al fondo de la barra había dos hombres un tanto extraños. La miraron con cara de pocos amigos. *Mejor no acercarse*, pensó. No le dio más importancia y se dirigió hacia la barra para pagar lo que había tomado y el gramo de cocaína. Salió del bar y empezó a caminar sin dirección, inmersa en sus pensamientos.

- ¡Ay, perdóneme, no lo había visto!

- Tranquila chica, no pasa nada. Venga, ¡buenos días!

Se había tropezado con dos chicos, que rondaban la treintena. ¿Qué estarían haciendo delante de un instituto? *Pederastas hijos de puta*, pensó en su interior.

- ¿Dónde quieres ir a almorzar? – preguntó Noah.

- ¿Vamos al *Escorxador*? De pasada podemos comprar un par de gramitos para esta noche – contestó Nathaniel.

Esa noche sería una gran noche. Celebrarían cualquier cosa, hoy tocaba fiesta grande (como buen viernes que era) y necesitaban prepararlo bien. Beberían hasta comprobar los límites de la especie humana, romperían alguna cosa (daba igual el qué) y tal vez se irían de putas.

- Pero solo un par de gramitos, ¡qué te conozco! – contestó Noah, conciente de la desproporción de la última vez.

Noah era un chico con cuerpo atlético. No porque hiciera mucho ejercicio, simplemente lo tenía y punto. Alto, pelo oscuro que conjuntaban perfectamente con los ojos y, sin ser demasiado guapo, las chicas siempre lo encontraban interesante. Nathaniel, en cambio, tenía un cuerpo blando (no era gordo, pero sí bastante fofo) y de pelo castaño y ojos oscuros. Llegaron al coche – un Chevrolet Chevette de los ochenta – y dejaron las chaquetas que llevaban en el maletero. No querían ir todo el día con ellas y el bar estaba solo a un par de calles. Una vez cómodos, empezaron a caminar.

- ¿Cuánto llevas encima? – preguntó Nathaniel mientras cogía el último cigarro de un paquete que segundos más tarde se quedaría al fondo de una papelera.

- Tranquilo que llevo suficiente – Noah vivía cómodamente sin trabajar. Era el propietario de una famosa cadena de alimentos heredada gracias a su padre, jubilado prematuramente. Todo lo contrario que Nathaniel, que todavía vivía en casa con sus padres sin hacer nada de nada.

De repente, vieron venir a una chica despistada y sin dudarlo Nathaniel se acercó a ella. Un segundo más tarde, Nathaniel chocaba con ella, se disculparon mutuamente y él ganaba una cartera nueva.

-¡Joder ya, no me gusta que hagas esto y menos sin avisarme! – chilló indignado Noah.

- ¡Pero si la chica estaba en la luna y con el bolso diciéndome *méteme mano por donde quieras!*

- Ya sabes lo que pienso de todo esto – Dijo Nathaniel mientras examinaba el botín.- Me parece que ya no hace falta comprar nuestra cocaína tío – dijo enseñando una pequeña bolsita transparente con polvo blanco dentro.

Llegaron rápidamente al *Escorxador* y se sentaron en una mesa lejana de un grupo de yonkis. Era el pequeño gran inconveniente de ir a ese bar: buena comida, buen material y muy buen precio, pero yonkis consumidos por el abuso de las drogas.

- Mierda de yonkis. Si no saben drogarse que no se droguen – se quejó Noah al tiempo que se sentaba a la silla.

Rápidamente, se acercó Trupo, sobrenombre con el cual se conocía el dueño del bar, y les tomó nota. Nathaniel pidió un café con leche, un croissant y una ensaimada pequeña. Noah un *Cacaolat* caliente y una pasta pequeña de chocolate.

- Aquí lo tenéis todo – dijo Trupo mientras dejaba las cosas encima de la mesa.

- Muchas gracias, Trupo – contestó desinteresadamente Nathaniel.

- ¿Queréis alguna cosa más? – preguntó el dueño del bar con un poco de sobreactuación.

- Gracias por preguntar, pero hoy no hace falta – dijo Nathaniel con una sonrisa de oreja a oreja, que no acabó de entender Trupo.

Ottavia volvió al presente. Estaba en una habitación fría y funcional de la escuela de forenses. Una mesa donde reposaban los cadáveres y un pequeño escritorio eran todos los muebles que había. Un escalofrío le recorrió la espalda. Era el aire acondicionado, pensó, pero ni ella misma se lo creía. Había alguna cosa en este caso que la ponía nerviosa.

- ¿Inspectora? El comisario la quiere ver. ¿Inspectora?

- Sí, perdone agente. Ahora mismo voy.

Salió de la sala y recorrió el largo pasillo hasta el ascensor. Hacía horas que había intentado ponerse en contacto con la nueva agente en prácticas, pero estaba desaparecida. *No hace ni un año que está en la policía y ya hacía tonterías*, pensó. *Tendré que hablar muy seriamente con ella*. Se paró ante la puerta y llamó suavemente.

- ¿Señor? Me han dicho que me quería ver.

- ¡Ah! Fuccino, pase pase. En un momento estoy con usted.

Mientras esperaba, miró al comisario. No era lo que se consideraba un hombre guapo, pero tenía un atractivo muy masculino. Tenía una nariz alargada y curvada, debajo de unos ojos oscuros que parecían siempre atentos, analizando todo lo que se le ponía delante. Pocas veces se le veía afeitado, luciendo siempre una barba de dos o tres días que enmarcaba una boca de labios finos donde siempre había colgando un cigarrillo encendido.

Hacía años que se conocían y siempre había sido un buen jefe para Ottavia. Pero siempre había pensado que si no fuera su subordinada, su relación hubiera sido muy diferente. La voz del comisario rompió el silencio.

- Tengo entendido que es usted la encargada del cuerpo encontrado a la iglesia Santo Spirito, ¿es así? – Dijo el comisario sin levantar los ojos de la mesa. Su voz mostraba cierto desinterés pero sus dedos no dejaban de jugar con el bolígrafo.

- Sí señor. El cuerpo se encontró ayer a las seis y media de la mañana – empezó a hablar Ottavia, aburrida. Odiaba los trámites de la vida policial, le gustaba más la acción de la calle, con todos los peligros que ello representaba. – El sacerdote se preparaba para la misa cuando lo encontraron detrás del altar. Parece ser que lo asesinaron entre las dos y las tres de la madrugada. La causa de la muerte todavía no está determinada pero el Dr. Robbins me ha asegurado que para esta tarde ya la tendrá.

- Muy bien. Envíeme el informe cuando lo tenga e infórmeme de cualquier novedad.

- Sí señor, no se preocupe.

Se levantó y se fue hacia la puerta.

- ¿Ottavia?

El corazón le dio un salto. Muy pocas veces la llamaba por su nombre de pila.

- Sé que este caso es de los más desagradables que hemos tenido en mucho tiempo, pero usted es una de las mejores agentes que tenemos y según el informe preliminar creo que su conocimiento de italiano no nos irá nada mal. Si necesita cualquier cosa no dude en pedírmelo.

- Sí comisario. Gracias. – Salió de la habitación y cerró la puerta. Por un momento un pensamiento cruzó su mente, pero se la quitó enseguida. No sacaría nada de hacerse ilusiones. El comisario era su jefe y eso nunca cambiaría.

Lola era una chica que despertaba pasiones entre los hombres. Morena con el cabello largo, ojos grandes y oscuros como la noche y un cuerpo que era la envidia de cualquier chica que la mirara.

Ya empezaba a desaparecer el efecto de las dos rallas de cocaína que se había tomado de buena mañana y ya se veía capacitada para ir al trabajo y no levantar sospechas entre sus compañeros de trabajo. Se dio cuenta que le faltaba tabaco y entró a un estanco.

- Dos paquetes de Camel, por favor.

- Aquí tienes, joven, son 5.50

- ¡Mierda, esos hijos de puta me han robado la cartera! – En realidad, la documentación no le importaba demasiado, pero sí el gramo que se había comprado en ese bar de mala muerte.

- ¿Me lo podría fiar y se lo pago mañana? Sabe que soy de palabra, siempre le compra el tabaco a usted.

- No te preocupes chica, ¡hoy te invito yo! – dijo sonriendo.

- ¡Muchas gracias, le debo una! ¡Hasta la próxima!

Salió del estanco más enfadada que nunca. Quería pillar a esos dos payasos y empapelarlos. Pero primero debía ir hacia el trabajo, tenía una reunión con su superior y si llegaba tarde le caería bronca. Ya la avisaron, solamente llevaba un año y no estaba por el trabajo.

Cuando llegó al edificio central, entró por la puerta y se dirigió a coger el ascensor para ir a la quinta planta. La quinta planta estaba llena de oficinas y gente yendo de un lado para otro. Odiaba ese ambiente, prefería estar en la calle, por eso ella y su superior se llevaba tan bien. Giró a mano izquierda para dirigirse a su oficina y de repente vio que su compañera salía del despacho del comisario.

- ¡Hola Ottavia! ¿Cómo va el día de trabajo?

- Pues tenemos mucho trabajo con el caso del cuerpo encontrado en la iglesia. Debemos empezar por algún lugar, encontrar sospechosos....

- Ya, va a ser complicado. Y más si nos quedamos quietas en estas oficinas. ¿Vamos a tomar un café y hablamos?

- De acuerdo. ¿Al bar de siempre?

- ¡Por supuesto! ¡Hacen un café buenísimo!

- Pues venga. Cojo la chaqueta. – Ottavia se fijó en los ojos de Lola. Estaban raros. – Lola, ¿has vuelto a drogarte? Tienes los ojos un poco dilatados...

- Sí, pero te juro que será la última vez.

- Esta excusa ya la he oído más de una vez. No me intentes engañar. Venga, vamos al bar.

Noah y Nathaniel seguían en el *Escorxador*. Llevaban mucho rato observando a un par de hombres de mediana edad muy extraños que estaban al fondo de la barra. No sabían exactamente de que hablaban esos individuos pero Nathaniel había escuchado algunas palabras.

- ¿De verdad has oído eso? – preguntó Noah.

- ¡Te lo juro, yo tampoco me lo acabo de creer!

- ¡No te debe estar haciendo algún efecto raro la ralla que te has metido en el lavabo y distorsionas palabras que no son!

- ¡Qué he ido a mear al lavabo pesado! No he tocado la coca...

- Bueno, bueno, tampoco sabemos muy bien de que hablaban...a lo mejor se trata de una broma...¡Yo que sé!

- ¿Una broma? ¿Me has oído bien tío? ¡Por poco me meo encima en el lavabo! ¡Mierda, mierda, mierdaaa! ¡Porqué tenía que estar allí, porqué no he ido unos segundos más tarde! Suerte que no me han visto, me he quedado helado de miedo...- Nathaniel se empezaba a poner nervioso de verdad.

- ¡Tranquilízate o vendrán aquí a meternos un tiro a ti y otro a mí! Esperaremos que se vayan del bar y entonces iremos al lavabo a comprobar si han dejado escondido lo que dices.

Minutos más tarde, entraban al lavabo. Noah al frente y Nathaniel detrás de él. Mientras que uno bloqueaba la puerta del lavabo, el otro fue a examinar. Noah se agachó debajo de la tercera pica y después de un rato de esfuerzos sin recompensa, consiguió quitar dos baldosas. Dentro del agujero improvisado había una bolsa de plástico con un objeto pesante dentro.

- ¿Qué coño es esto? – Noah cogió la bolsa y procedió a coger lo que había dentro. - ¡Cojones! Es evidente lo que es...

- ¡Una pistola, te lo he dicho o no!

- ¡Ostia puta! ¿Qué hacemos con esto ahora?

- ¿Que qué hacemos con esto ahora? ¡Yo te lo diré! – Contestó Nathaniel exaltado – ¡Dejarlo donde estaba y no volver nunca más a este bareto en años! Mejor aún, ¡no volver nunca!

- ¡Esto no puede quedar así! Esta es el arma de un crimen. ¡Tú lo has escuchado todo! ¡Debemos comprobar si las partes del cadáver estás escondidas donde has oído!

- ¿Pero qué dices? ¡Nos hemos vuelto locos! Tú y yo no somos nadie. Es más, ¡me gusta no ser nadie! ¡Y no me pondré ahora a hacer de detective a los treinta años y sin experiencia! Pero, ¡qué cojones, no se que hago aquí aguantando la puerta!

- ¡Quieres hacer el favor! Ahora ya está hecho. No he sido yo quien ha venido a la mesa cagado de miedo. ¡Si no hubieras ido a meterte la ralla ahora no estaríamos aquí!

- Pero que...

- Ahora calla y escúchame – lo interrumpió Noah – iremos a coger el coche y a buscar el cadáver.

- Lo que queda de él, dirás – replicó Nathaniel con sarcasmo.

Justo cuando salían del lavabo, entraba Trupo. Se dirigieron a la mesa, dejaron el dinero y se fueron hacia la salida. Pero justo antes de llegar, Trupo salió del lavabo y los llamó un poco exaltado, dirigiéndose hacia ellos con un poco de prisa.

- ¿Pero qué quiere ahora este hombre? – se preguntó Nathaniel.

- ¡Esperad un momento, que tenemos que hablar! – chillaba Trupo intentando no parecer nervioso.

Nathaniel se estaba parando cuando Noah lo cogió fuerte por el cuello de la camiseta y lo empujó hacia fuera.

- ¡Corre, no seas idiota!

- Pero, ¿qué pasa? – preguntó desconcertado.

Empezaron a correr calle abajo. Trupo salió rápidamente del bar y sacó una pequeña pistola que estaba cogida al cinturón, pero justo cuando los apuntaba se lo pensó, se indignó con él mismo y se guardó el arma. Ahora tendría que hacer una llamada muy desagradable.

Los dos chicos corrían como nunca lo habían hecho. Noah lo hacía con facilidad y con grandes zancadas, Nathaniel con dificultad para respirar y pasos cortos y descompasados. Parecía que se fuera a caer en cualquier momento. Ya no se dirigían al coche. Se dirigían a cualquier lugar muy lejano del

bar. Llegaron hasta un pequeño parque con un columpio, un tobogán y poca cosa más y se pararon a descansar.

- ¡Pero que cojones le ha pasado a Trupo! – preguntaba Nathaniel casi sin aliento.

- ¡Dios mío! Mira que pareces idota a veces. ¿De verdad que te tengo que decir algo? – contestó Noah con más indiferencia que indignación.

- No querrás decir que Trupo lo sabía todo... peor aún, ¡a lo mejor Trupo está con ellos!

- Noooooooo... - Noah no sabía si meterle un puñetazo o compadecerse de él.

Las dos agentes salieron de la comisaría con paso rápido. Hacer un café era solo una excusa para hablar seriamente con Lola de una vez. Si quería ser policía, y estaba claro que dones tenía, debería cambiar su manera de pensar.

- Ya te dije la última vez que no admitiría una compañera que se drogara. ¿Se puede saber en qué piensas? Eres policía, ¡por el amor de dios! ¡Representa que te tienes que comportar! ¿Y cuándo pensabas decirme que te han robado la placa? ¿Cuándo ha sido? ¿Mientras te drogabas o mientras te revolcabas con a saber quién en algún bar de mala muerte? – Ottavia se dio cuenta que estaba perdiendo los papeles. Se consideraba una mujer seria no dada a los espectáculos públicos y ahora mismo estaba ofreciendo uno.

- ¿Se puede saber que te pasa? – Preguntó Lola ofendida – Ya te he dicho que está todo controlado. Y deja de meterte en mi vida. ¡Si tú no tienes no es mi culpa! – Dio media vuelta y se fue hacia al bar.

- ¡Te estás pasando Lola! ¡Recuerda que soy tu superior!

Ottavia miró a su alrededor. Un pequeño grupo de agentes de uniforme la miraban divertidos hablando entre ellos. Nunca había tenido problemas con los hombres que tenía bajo sus órdenes, pero siempre tenía la sensación que no acababan de respetarla por el hecho de ser mujer. Intentaba comportarse fría y profesionalmente, y esa escena no había ayudado a que la tomasen en serio.

- ¡A trabajar! – Chilló - ¿Es que no tenéis nada mejor que hacer?

Al girarse para marcharse se dio cuenta que alguien más había visto toda la escena. El comisario estaba apoyado al lado de la puerta, con su siempre eterno cigarro colgando de los labios. *Solo me faltaba esto* pensó Ottavia. Se fue calle arriba dirección hacia el bar. No podía dejar que un caso como ese de insubordinación quedara sin sanción. Antes de llegar a la esquina se atrevió a dar una ojeada hacia atrás. El comisario seguía apoyado en el mismo lugar, con una nube de humo rodeándole la cara. Desde esa distancia no podía saber si la miraba, pero tuvo la sensación que sus ojos la seguían. *Deja de imaginarte cosas*, se dijo, *ya tienes suficientes problemas*. Respiró profundamente y entró al bar.

El local estaba siempre lleno de policías y de humo. A Ottavia le gustaba el ambiente, le recordaba a un café del centro de Catania donde iba a menudo con su padre. Mientras se sentaba, se dejó llevar por los recuerdos. Hacía años que no había pensado tanto en su padre como en las últimas horas, desde que habían encontrado el cuerpo. Vestía siempre impecable, con americana y sombrero de ala ancha para protegerse del Sol. Si alguien lo miraba, nunca adivinaría que era policía, solamente le delataba la pistola que llevaba colgada bajo la axila y ese aire de autoridad.

- Ottavia. Siento lo que ha pasado. – Era Lola, se había sentado delante de ella y ni se había dado cuenta.

- Tranquila. En parte ha sido culpa mía. Últimamente estoy muy nerviosa, y ya sabes como me afecta tener que hablar con el comisario. – Aunque era muy reservada sentía que podía hablar abiertamente con Lola. Su relación era más parecida a dos amigas que no a la de subordinada y superior. – Pero sigo siendo tu superior, y una escena como la de antes no se puede repetir más, ¿me has entendido?

- Si, y no volverá a pasar – dijo seriamente – ¿Así que has hablado con él? ¿Y cómo ha ido?

A Ottavia le hacía gracia la facilidad que tenía Lola para sacar hierro a las situaciones. Hacía un momento le estaba metiendo una bronca y de golpe y porrazo se encontraba hablando de su, inexistente, vida social. No era de extrañar que siempre hubiera pretendientes avasallándola. Era muy atractiva, joven, alegre y despreocupada. Todo lo que ella no era. Ottavia la cortó:

- Más vale que nos dediquemos al trabajo, Lola. El caso que tenemos entre manos no me gusta nada y cuánto antes lo resolvamos mejor. ¿Has descubierto alguna cosa? – preguntó mientras removía el café con la cucharilla.

- De momento lo que sabemos es poco. Aún no han aparecido los restos que faltan del cadáver ni el arma con que lo mataron. Lo que sí sabemos es que la escena del crimen no era la iglesia. Había demasiada poca sangre donde encontraron el cuerpo.

- Entendido. Lo primero que debemos hacer es enviar a la científica a la iglesia. La patrulla que contestó al aviso la cerró y nadie ha entrado. Suerte que el oficial tenía dos dedos de frente. Deberíamos buscar huellas o algún indicio de cómo entraron en la iglesia. Lo siguiente que deberíamos hacer es interrogar a los vecinos. Este barrio está demasiado animado para que nadie viera nada...

De repente, algo hizo girar a Lola.

- ¡Qué hijos de puta! – Chilló levantándose - ¡Son los que me han robado la placa!

Los dos chicos, cuando vieron que Lola se acercaba con cara de pocos amigos, se temían lo peor. Y así fue. Fue hacia al chico más bajito, lo cogió por la chaqueta y lo tiró contra la mesa que había a un lado. Ottavia, viendo el espectáculo, se levantó para ayudarla. El otro chico, el más atlético, quiso darle un puñetazo a Lola, pero ella tenía unos buenos reflejos. Lo esquivó y le dio un puñetazo en el estómago. Por muy atlético que fuera, ese puñetazo no lo soportaba nadie. Cayó al suelo y empezó a insultar a Lola. Fuera de sí, Lola recordó que había otro chico detrás de ella. Se giró y vio como venía con todas sus fuerzas con una silla alzada. De golpe y porrazo, un tiro. Ottavia disparó a una de las rodillas del chico, evitando la agresión contra Lola. Durante el altercado, que había durado poco más de un minuto, todos los agentes del bar habían sacado sus armas y apuntaban a los dos chicos. Las dos agentes se miraron y con cara medio irónica dijeron a la vez - ¿Qué día hoy, no? – Ottavia fue a esposar al chico que había disparado y Lola se centró en el otro. *Que lástima que sea un delincuente, la verdad es que es muy guapo... ¡y qué brazos!* Pensaba Lola mientras le ponía las esposas.

- ¡Te has pasado, que daño! ¡Aaahhh!

- ¡Venga! No seas exagerado. ¿Lo ves? Solamente te ha tocado la rodilla, no tienes la bala dentro – dijo sonriendo.

- ¡Pues duele mucho! Por favor, ¡avisad a una ambulancia! – En un momento de lucidez, se quedó mirando a la chica. Hasta ahora no había caído en quién cojones eran esas dos - ¡Por cierto! ¿Quién cojones sois? ¡La policía, avisad a la policía! – Empezó a chillar como si fuera un niño pequeño.

- ¡Nosotros somos la policía! – Dijo Lola – Y quiero que me devolváis ahora mismo mi cartera u os juro que pasaréis unos cuantos días en prisión.

Los dos chicos se quedaron mirando el uno al otro con cara de *mierda, la pistola* y uno de ellos dijo:

- La tengo yo, aquí, en el bolsillo izquierdo de la chaqueta. – Lola se dirigió al chico y le puso la mano en el bolsillo. No había nada.

- ¿Seguro que la tienes tú? ¿No te debes haber confundido y la tendrá tu compañero? – Le dijo mientras le miraba con cara de desconfianza.

- Mmmm... ¡ah! Disculpe señora agente, la tengo en el bolsillo de detrás del pantalón – Intentaba ganar tiempo para ver si se le ocurría alguna excusa, pero con los nervios que tenía, no le pasaba nada por la cabeza.

- A ver, me estoy cansando ya de tanta tontería – Lola empezaba a perder la paciencia. - ¿Dónde está?

Ottavia, que también estaba impaciente y no quería perder más tiempo, se dirigió al otro chico, que todavía estaba quejándose del puñetazo de Lola.

- ¿La tienes tú? – Le dijo, amenazadora.

- Ehh...yo, no... - Estaba demasiado nervioso para articular una sola palabra.

- Va, levántate. ¡Ahora!

Noah se levantó con dificultades. Ottavia lo empezó a registrar y en el bolsillo derecho de su pantalón notó una figura de una cartera. La sacó y la abrió. Había la placa de Lola y toda su documentación. Pero no se quedó contenta y continuó con el registro. Cuando llegó a la americana, puso las manos dentro y notó un paquete. Lo quitó y por la forma que tenía, Ottavia supo en seguida lo que era. Estaba envuelto con plástico y habían pequeñas manchas de sangre. Lo desenvolvió y sacó una pistola.

Lola y Ottavia se miraron. Lola llamó a una patrulla a través de la radio para que vinieran a llevarse a esos dos idiotas. Con una sonrisa en la cara, miró a los dos chicos. *Al fin un poco de acción. Quién sabe, a lo mejor hoy resolveremos el caso del asesinato. Pero estos dos no tienen pinta de ser asesinos. A ver que excusa nos ponen.* La patrulla llegó en un momento y fueron hacia la comisaría, que solo estaba a cinco minutos andando.

- ¿Hoy jugaremos al poli bueno y poli malo? – Dijo Lola a Ottavia.

- De acuerdo, pero déjame empezar a mí que tus métodos son un poco violentos.

- ¡Muy bien! Pero recuerda: si no les sacas información, me toca a mí, ¿eh? – Dijo Lola sonriendo.

- Sí Lola, como siempre hemos hecho. Solo te pido...

- Seriedad – Dijo, cortándola.

Llegaron al edificio y fueron directamente hacia la sala de interrogatorios. Hacía solo cinco minutos que Nathaniel y Noah estaban esperando, estaban muy asustados, ya que desde esa fiesta que habían planeado hasta ahora, las cosas habían cambiado mucho. Se encontraban dentro de una sala de unos diez metros cuadrados, poco acogedora y completamente vacía a no ser por una mesa y un par de sillas. La sensación de frío les llegaba hasta los huesos aunque hacía mucho calor – no debía funcionar el aire acondicionado, o a lo mejor era una técnica para mejorar la efectividad del interrogatorio -. Noah estaba intrigado. Todo lo que estaba pasando era muy raro. Los iban a interrogar a los dos juntos en vez de por separado – eso parecía – y por no mencionar la facilidad con la que esa agente le había disparado a Nathaniel.

A él todavía le dolía el estómago y de vez en cuando le venían ganas de vomitar. Estaba cansado – más mentalmente que físicamente – y no entendía como podía encontrarse en esa situación.

- No ha sido una buena idea intentar agredir a esa chica – dijo Nathaniel.

- ¡Menos buena la idea de robarle la cartera! – Noah empezaba a estar irritado por el comportamiento de su compañero.

- ¡Disculpe usted! ¡Si sabías que era agente me lo hubieras podido decir!

- ¡Yo que sé si es una agente, una puta o una hija de puta! Lo único que sé yo es que no tenías que haber robado la cartera a nadie.

- ¡Mira quién habla! ¡Quién tiene dinero para dar y vender!

- ¡Pues busca un trabajo!

Justo en ese momento se abrió la puerta de la sala y entró la agente de más edad con tres cafés. Dio uno a Nathaniel y a Noah y el otro se lo bebió de un trago.

- Muy bien chicos, ¿qué me podéis explicar sobre esto? – dijo tirando el paquete sobre la mesa.

- Es una historia muy larga – dijeron los dos a la vez

- Tranquilos, tengo todo el día.

- Pues bien... - Dijo Nathaniel – todo empezó cuando...

Empezó por dónde habían encontrado la pistola y el resto de la historia salió sola. Nathaniel no paraba de temblar y cada vez que hablaba era un suplicio escucharlo. Noah, en cambio, cada segundo que pasaba se tranquilizaba más y empezaba a dominar la situación en vez de dejarse dominar por ella. La agente de policía también notó que si quería ir directo al grano le sería más fácil dirigirse a él.

- Lo único que le podemos decir es el bar donde hemos encontrado el arma, el lugar donde supuestamente se encuentran los restos de un cuerpo del cual desconocemos totalmente su identidad y ayudarla a reconocer a los dos individuos del bar, si los vemos. Conseguirá más información si va al bar e interroga a Trupo.

Noah estaba cansado después de dos horas de interrogatorio. A lo largo de esas dos horas los habían separado de salas – suponía que para comprobar la fidelidad de la versión que daba cada uno – y después habían vuelto a seguir el interrogatorio los dos juntos. La agente más joven había entrado un par de veces y fue cuando la tensión del interrogatorio aumentó considerablemente. Estaba cansado de repetir mil veces lo mismo y lo que quería era que la situación avanzase.

- ¿Así de fácil? – dijo la agente.

- Así de fácil o así de difícil. Dependerá de su aptitud como agente – A Noah empezaba a salirle su vena más vacilona.

- Creo que mi amigo tiene razón – dijo tímidamente Nathaniel – aquí ya no pintamos nada

- ¡Aquí soy yo quién dice quien pinta y quien no! – Ottavia hizo notar su autoridad. Se levantó y salió por la puerta. Al otro lado esperaba Lola, que había seguido el interrogatorio.

- ¡Estos chicos se merecen otro puñetazo y otro tiro! – dijo enérgicamente Lola, con solo ver a su superior.

- Va, calla y cambia esa actitud. No sabes los problemas que me ha ocasionado justificar el tiro del bar. Creo que deberíamos hacer una visita a ese tal Trupo.

- Muy bien. ¿Qué hacemos con ellos?

- Estos dos pasan aquí la noche y mañana ya pensaremos que hacemos. Todo depende de lo que saquemos de nuestra visita al bar.

- ¿Y los restos del cuerpo? ¿No iremos a buscarlas donde dicen? – preguntó Lola.

- Sabes perfectamente que no podemos ir a ningún lugar sin tener pruebas concluyentes. Todo esto puede ser una jugada por parte de ellos para hacernos perder el tiempo. Debemos asegurar el terreno. Imagínate que nos presentamos allí, esto si conseguimos los permisos, y no encontramos nada. Quedaríamos como unas idiotas.

Dejaron a Noah y Nathaniel en diferentes celdas. Nathaniel se puso rápidamente a dormir. Aunque empezaba la tarde, estaba muy cansado y no había comido nada desde que estaba en la comisaría. Noah se encontraba sentado en el suelo de la celda junto a la pared. No podía dejar de pensar en el caso. Estaba totalmente concentrado e igual de impaciente o más que las propias agentes para encontrar respuestas a todo lo que estaba pasando. Se podía imaginar donde estaban las agentes. Dirigiéndose al bar de Trupo. Pero también sabía que no encontrarían nada. Trupo era un hombre demasiado listo para quedarse tan tranquilo en el bar después de todo lo que había pasado.

Debido a la gran cantidad de papeles que debía de rellenar después de la detención de los dos chicos del bar, no fue hasta bien pasada la hora de comer que consiguieron salir de la zona de detenciones.

Ottavia decidió que no hacía falta correr, estaba claro que ese Trupo ya se habría ido del bar. Esto no la preocupaba pero había hecho poner controles en todas las carreteras, estaciones de tren y en el

aeropuerto. Si el muy cobarde intentaba salir de la ciudad lo cazarían como la rata que era. Envío un par de agentes de incógnito al *Escorxador*, solo para asegurarse que realmente Trupo no estaba allí, no creía que fuera tan estúpido pero nunca se sabe y se dirigió a su despacho.

Nada más entrar vio un paquete en el centro de la mesa. Eso era extraño, normalmente los paquetes grandes debían ir a buscarse a recepción por motivos de seguridad. Su instinto de policía la hizo estar alerta. Algo no iba bien. Examinó su despacho. Encima de la mesa estaba todo tal y como lo había dejado. El informe del caso estaba a la izquierda, sobre las carpetas de casos pendientes. Sus gafas a la derecha, al lado de la pluma de su padre y de una taza de café frío de la noche anterior. Su vista se desplazó hacia la ventana. Había algo al lado de la ventana. Se acercó para examinarlo y vio que era algún tipo de tierra. Al arrodillarse para coger una muestra vio que debajo de la mesa había un trozo de cristal. Miró alrededor pero no supo ver de donde venía. Cogió un par de bolsas pequeñas de pruebas y un guante de látex y las guardó. Lo que estaba claro es que alguien había entrado a su despacho. Se puso a la derecha de un salto y cogió el teléfono.

- ¿Lola? Ven ahora mismo a mi despacho y llama a alguien de la científica. Tenemos un problema.
- Enseguida. ¿Qué pasa? – preguntó Lola preocupada.
- Cuando llegues te lo explico. Ven. – colgó el auricular y se apartó de la mesa.

Mientras esperaba, examinó el paquete. Era un paquete normal y corriente de unos 50 cm de ancho por 25 de alto. Estaba precintado con cinta aislante y no llevaba remitente. El cartón tenía una mancha oscura en la parte inferior, como si hubiera estado en contacto con algo parecido a un líquido y desprendía un olor extraño que no supo identificar. Volvió a coger el teléfono y marcó la extensión número 1.

- Despacho del comisario Niemans. ¿Diga? – Era Sara, la secretaria del comisario.
- Soy la inspectora Fuschino, ¿está el comisario? – preguntó nerviosa.
- Lo siento inspectora pero acaba de salir. ¿Quiere que le deje algún mensaje?
- No hace falta, gracias. – colgó justo cuando entró Lola.
- Ya estamos aquí. ¿Qué pasa Ottavia? – preguntó un poco nerviosa. Iba acompañada de un agente de la científica de unos 50 años. Ottavia hacía tiempo que lo conocía y sabía que haría bien su trabajo.
- Han entrado en mi despacho y han dejado un paquete – dijo señalando hacia la mesa-. Cogió las bolsitas donde había guardado la tierra y el trozo de cristal y se lo dio. – Esto también por favor. En cuanto tenga los resultados házmelo saber.

Salieron del despacho para dejar trabajar al agente Petersen y se sentaron en una de las salas de reuniones.

- ¿Cómo pueden haber entrado en tu despacho? ¿Has cerrado con llave verdad? – preguntó Lola.
- Sí, siempre lo hago. Debe haber sido mientras estábamos en la sala de interrogatorios. Por lo que he visto la puerta no está forzada así que tenían llave. Y está claro que por la ventana no han entrado, ¡estamos en un quinto piso!- dijo Ottavia.

Petersen las interrumpió.

- ¿Inspectora? Más vale que entre y vea esto.

Las dos agentes la siguieron. Lola se quedó en la puerta mientras Ottavia daba la vuelta a la mesa y miraba dentro del paquete, que ahora estaba abierto. En un primer momento no reconoció su contenido. Pero a medida que lo miraba fue reconociendo una mano. Una mano humana cortada por la muñeca y llena de sangre seca que había hecho un charco en el fondo del paquete. *De ahí ese olor tan extraño* pensó Ottavia, *y la mancha de la caja.*

- Este caso es más personal de lo que nos pensábamos Lola – dijo mientras examinaba la mano – Esto es un mensaje directo.

- Lo que no entiendo es por qué se los llevaron si pretendían que los tuviéramos igualmente – dijo Lola.

El cerebro de Ottavia iba a 100 por hora. Lola tenía razón, *¿porque entraban a su despacho para dejar parte del cadáver que la policía ya tenía? ¡Entraban a su despacho!*

- Creo que ya lo tengo – murmuró – La mano solo ha sido la manera de hacerme saber que pueden hacer lo que quieran. Pueden entrar y salir de mi despacho sin que nadie los vea y seguramente se mueven libremente por toda la comisaría. Un paquete como este no pasaría el control de la planta baja. Y si les da igual deshacerse de la mano querrá decir que ya saben que nosotros sabíamos donde estaban los restos – dijo Lola levantando la voz.

- ¡Pero esto no puede ser! ¡No hace ni dos horas que hemos hablado con ese par de imbéciles! ¿Qué quieres decir, que hay un topo en la comisaría? – Preguntó Lola, exaltada.

- No lo sé pero debemos investigar. De momento tengo que contactar con el comisario y contarle todo esto. Tu ve abajo y no pierdas de vista a esos dos. Ve con cuidado y no hables con nadie de todo esto. De momento no podemos fiarnos de nadie.

- ¿Y él? – dijo, señalando a Petersen.

- Hace más de diez años que lo conozco, es de confianza. ¡Va, vete! – dijo mientras salía del despacho.

Recorrió todo el pasillo en un suspiro. Necesitaba urgentemente hablar con el comisario, tanto para contarle la situación como para sentirse más tranquila. Con los años se había dado cuenta que necesitaba hablar con él cuando alguna cosa la preocupaba. Se detuvo delante de la puerta, llamó y esperó un segundo antes de abrir.

- Sara, ¿ya ha vuelto el comisario? Es muy urgente que lo vea.

- Ay, ahora mismo acaba de llegar de una reunión – respondió mientras la invitaba a entrar al despacho.

Por segunda vez ese día Ottavia entró al despacho del comisario Niemans. Pero ahora no sentía los nervios de siempre. Tenía un problema grave entre manos.

- Comisario, tenemos un problema.

- ¿Qué ocurre? – dijo sin levantar la vista del centenar de papeles que tenía encima de la mesa.

- Alguien ha entrado a comisaría y ha conseguido subir hasta las oficinas. – esperó alguna reacción y al ver que no decía nada, continuó. – Y no solamente esto, sino que también han entrado a mi despacho y han dejado parte de un cadáver.

Niemans levantó la cabeza y miró a Ottavia. Si no lo conociese, Ottavia habría dicho que en sus ojos había miedo.

- ¿Han entrado a su despacho? ¿Cómo puede ser? Las medidas de seguridad en este edificio son las mejores del país.

- Por eso creemos que es un trabajo que se ha realizado desde dentro. – Murmuró, mirándolo fijamente. Le costaba mirar directamente al comisario. Tenía miedo que pudiera leer lo que pensaba, todos sus secretos y sentimientos reprimidos hacia él. Apartó la mirada.

- Esta es una acusación muy grave, Fuschino. – Una sombra de preocupación pasó por el rostro del comisario. – De momento lo que haremos es reforzar los controles de la entrada y cambiar su cerradura. Nos tenemos que asegurar que no vuelva a pasar. ¿Ya han examinado su despacho los de la científica?

- Ahora mismo lo están haciendo, señor.

- De acuerdo. Quiero estar informado de todo, ¿me entiende?

- Sí señor, no se preocupe.

- De acuerdo. Hay otra cosa. Quiero que a partir de ahora lleve un guardaespaldas. – Ottavia se sorprendió.

- ¿Un guardaespaldas? ¡Ni hablar! ¡No pienso ir todo el día con una niñera, no necesito a nadie que me vigile! – Se dio cuenta que estaba chillando e intentó calmarse. – Por favor comisario, no me haga esto. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma. Además, esta Lola.

- Sé que es perfectamente capaz de cuidarse Ottavia, pero no me perdonaría nunca si le pasara algo, y mucho menos dentro de mi comisaría. ¿Me ha entendido? – Su voz sonó menos dura de lo habitual, pero en seguida volvió a ponerse serio y se endureció su voz. – Puede retirarse.

- Sí señor. Gracias.

Lola estaba a la habitación de al lado donde estaba interrogando a Nathaniel y Noah. Estaba acompañada del técnico de sonido por si había algún problema y por un agente por si los dos chicos provocaban problemas. Lola se dio cuenta que el agente no paraba de mirar el móvil, sudaba mucho y estaba muy nervioso. *Que raro, si aquí no hace calor. ¿Y porque está tan inquieto? A lo mejor es su primera vez, pero no lo creo, tiene pinta de tener experiencia.* No le dio más importancia y se centró en el interrogatorio.

De repente, sonó el móvil del agente que, con prisas, lo cogió y salió de la habitación. No volvió a aparecer. Al cabo de una media hora, el interrogatorio acabó y decidieron ir más tarde al bar de Trupo. Esa noche, Nathaniel y Noah la pasarían en prisión.

Mientras Ottavia se dirigía a su despacho para ir a buscar unos documentos que necesitaba para la investigación del caso, Lola fue al baño. Cuando entró, se quitó el abrigo de piel que llevaba. Se lo quedó mirando. *Hemos pasado muchos años tú y yo, muchas noches...tal vez demasiadas.* Cuando lo colgó en el perchero, cayó un paquete pequeño. *¿Qué es esto?* Pensó. Cuando se fijó más, se le iluminaron los ojos, un escalofrío le recorrió la espalda y una sonrisa se le dibujó en la cara.

Necesitaba una dosis. Entró al primer baño que había y cuando se disponía a prepararlo todo, alguien entró, haciendo mucho ruido. Del susto, se le cayó todo dentro de la taza.

- ¡Mierda! – dijo, murmurando para que nadie la oyese.

Abrió un poco la puerta para ver si podía identificar a alguien. Era un señor, pantalones negros, zapatos marrones oscuros y camisa blanca que llevaba arremangada, empapada de sudor. En el brazo izquierdo llevaba un tatuaje un poco extraño, como si fuera una insignia o una cosa parecida. *¿Qué hace este aquí?* Dejó algo encima del mármol, al lado de las picas, pero no pudo identificar que era. Al cabo de pocos minutos, se fue rápidamente. Al momento, Ottavia la llamó, un poco nerviosa, diciéndole que fuera hacia su despacho rápidamente y que le trajera a alguien de la científica.

- Subplanta 2. Por favor, vigile con las puertas

La voz del ascensor la hizo despertar de sus pensamientos eternos sobre su vida pasada. Incluso mientras dormía tenía sueños de esa vida oscura. Todo lo que había pasado desde que habían detenido a los dos chicos le estaba despertando recuerdos. Y solamente faltaba un topo en la comisaría dejando regalitos en los despachos. Cogió el primer pasillo a la izquierda y siguió durante unos 100 metros. Giró a mano derecha y vio que la puerta de seguridad estaba abierta. *¿Qué está pasando hoy con las puertas? ¡No entiendo nada!* Pensó con tono irónico. Cuando pasó por la puerta, resbaló y cayó de culo. Menos mal que en ese momento no había nadie y que no había presos en esa área. Solamente Nathaniel y Noah.

- ¡Mierda de personal de mantenimiento! Tendré que avisar al encargado para que venga a recoger...

Cuando se giró, vio el cadáver del guardia de seguridad y un charco de sangre inmenso. Se miró y vio que estaba manchada de sangre por todas partes. De repente, unos chillidos al fondo del pasillo. Se dirigió rápidamente hacia el último pasillo y se paró sin hacer ruido. Oía personas que hablaban. Sacó la cabeza sin que nadie la viera e identificó a un hombre que llevaba una pistola en las manos pero sin apuntar a nadie. Estaba dando vueltas sobre sí mismo, como si intentara llegar a la decisión correcta.

- Por favor, no nos hagais nada, ¡no hemos hecho nada malo! Además, ¡no nos conocemos! – Decían Nathaniel y Noah, muertos de miedo.

- ¡Queréis hacer el favor de callar! – Dijo, chillando, con tono amenazador el hombre de la pistola.

Lola intentaba tomar una decisión. No sabía si actuar por su cuenta o, por el contrario, llamar a Ottavia y esperar a que llegara ella. De repente, ese hombre le sonaba de algo. Pantalón negro, zapatos marrones oscuros, camisa blanca y ese tatuaje tan extraño. *¡Claro!* Era el hombre que había visto en el lavabo. Seguro que era el mismo que había dejado el paquete en el despacho de Ottavia.

- ¡Os mataré a los dos! – Decía, muy nervioso. – ¿Por qué teníais que estar en el sitio equivocado y en el momento equivocado? Ahora tendré que hacer una cosa que no me gusta nada. Además, ¡me juego mi carrera como policía por culpa vuestra!

- ¡Si no hemos hecho nada! – Nathaniel y Noah no se creían lo que estaban viviendo en esas últimas horas, era demasiado para ellos.

Lola no aguantaba más. Debía hacer alguna cosa para salvar a esos dos, cada vez más convencida, por lo que había oído, que eran inocentes. Cogió el móvil del bolsillo izquierdo de su querida chaqueta

de piel y marcó el número de Ottavia. Cuando dio señal, activó la opción de manos libres y lo dejó en el suelo. Seguidamente, y respirando hondo, se dispuso a actuar.

Noah y Nathaniel no paraban de cruzarse las miradas. La mirada de Nathaniel transmitía miedo, mucho miedo a morir. La de Noah transmitía indecisión, no sabía que hacer. Un hombre los había sacada de sus respectivas celdas y ahora los amenazaba con una pistola. Noah iba registrando con la mirada todo lo que tenía a su alrededor mientras el hombre no paraba de maldecir al destino y a ellos dos. No encontraba nada que lo pudiera ayudar a salir de esa situación con vida. Después de unos segundos infernales que parecieron horas, Noah se decidió. Si quería salir vivo de allí, debería espabilarse solo. Nathaniel era un cero a la izquierda en momentos críticos como ese y no podía sacar nada positivo. Se miró los puños. Le temblaban de miedo...de tensión...Sabía que era la única opción. Miró la pistola. En ese momento no apuntaba a ningún lugar y el hombre no la tenía bien cogida. Pensó rápidamente. Ese era el momento de tirarse hacia el cabrón que los tenía al abismo de la muerte. Pero justo cuando hacía el primer paso hacia delante, pasó una cosa totalmente inesperada. Empezó a sonar la Sinfonía nº 5 de Beethoven por toda la sala. Noah se quedó quieto. Ese sonido lo había desconcertado. No conseguía saber de donde provenía hasta que ese hombre cogió el teléfono y contestó. La música se paró en seco para dar lugar a un silencio solo roto por la respiración profunda del agresor.

El hombre los vigilaba más ferozmente ahora que hablaba por teléfono y tenía muy bien cogida la pistola. Noah podía ver como las gotas de sudor resbalaban por su frente hasta la barbilla.

- Entendido, como usted diga. – colgó el teléfono. Se dirigió hacia ellos.

- No hagamos esto más complicado de lo que es, ¿de acuerdo? – dijo mientras levantaba la pistola y apuntaba hacia Nathaniel.

Entonces, justo en ese momento, se oyó una ráfaga de tiros. Uno, dos, tres... Noah sintió a Nathaniel chillar pero sus ojos miraban hacia la chica que acababa de reventarle los sesos a ese hombre. El suelo estaba lleno de sangre y salpicaduras. Noah empezó a ver borroso, estuvo a punto de perder el equilibrio pero consiguió tumbarse en el suelo antes de perder el conocimiento.

Al abrir los ojos lo único que veía Noah era el techo. Seguía en el mismo sitio. Consiguió sentarse y mirar a su alrededor. Había muchas personas. Alguien cubrió un cuerpo con una sábana.

- Descansa, has tenido una bajada de la tensión – le hablaba una mujer con bata blanca y guantes.

- Entendido...

Volvió a tumbarse y mirando al techo, escucho la conversación que tenía la mujer de la bata blanca con una de las inspectoras.

- ¿El otro cadáver dónde está? – preguntaba la inspectora.

- Está arriba. Se ha muerto mientras lo llevábamos en la ambulancia. Ha sido una lástima.

*¿El otro cadáver?* El corazón de Noah se puso a mil pulsaciones en un momento. Intentó incorporarse pero la cabeza le dio mil vueltas. Después de unos instantes de mareo, pudo concentrar la vista donde había visto a Nathaniel por última vez. Ahora solamente había una gran mancha de sangre. Noah se quedó quieto. Podía empezar a chillar y preguntar con impotencia donde estaba su amigo...

su mejor amigo o simplemente aceptar la realidad. Optó por callar, se tumbó de lado en el suelo y empezó a llorar. Recordaba la última vez que habían hablado. Habían discutido en el interrogatorio y no se habían vuelto a dirigir la palabra.

Ottavia salió del despacho del comisario con intención de ir directamente al bar. No solía beber, pero la decisión del comisario le había enfadado mucho y necesitaba una copa. No sabía que le había hecho más rabia. Las órdenes de Niemans o su indiferencia. Por un momento le había parecido ver una sombra de preocupación en sus ojos, pero la manera en que la había despedido del despacho no dejaba lugar a dudas. El comisario sólo se interesaba por su reputación. Como él mismo había dicho, no se perdonaría que pasase alguna cosa dentro de su comisaría.

Avanzó por el pasillo hasta el ascensor y pulsó el botón. De golpe escuchó el teléfono. Era el número de Lola. Contestó pero no obtuvo respuesta. Lo único que escuchaba era la voz de un hombre, sonaba lejana. De repente oyó tres golpes seguidos. ¿Golpes o disparos? Se giró en seco y bajó corriendo las escaleras de emergencia. Los disparos venían de algún lugar de los pisos inferiores. Decidió ir hacia la sala de detenciones. Lola había ido a vigilar a los detenidos y quedaba claro que había pasado algo. A medida que bajaba se iba encontrando con más y más gente. Secretarias, agentes de uniforme o de paisano...

- ¿Alguien sabe que ha pasado?- gritó mientras corría.

- ¡Alguien ha disparado en la sala de detenciones!

Ottavia aceleró el paso y en un momento se plantó en la puerta de las celdas. Lola estaba de pie, con la pistola en la mano. El teléfono estaba abierto a sus pies con su nombre parpadeando en la pantalla. Apuntaba al cuerpo que se encontraba estirado en el suelo delante de ella, un hombre joven con pantalones negros y zapatos marrones. La camisa estaba empapada de la sangre que le brotaba de la cabeza. Los dos detenidos estaban también tumbados. Uno de ellos se había desmayado pero parecía ileso, el otro tenía un disparo en la pierna. Se retorció de dolor y no paraba de chillar. Había un tercer cuerpo estirado en el suelo. Un agente de uniforme yacía de lado con un disparo en el estómago. Estaba medio consciente pero muy pálido. Ottavia caminó hacia Lola y le quitó el arma de las manos. Cogió el teléfono y lo colgó.

- Lola, ¿estás bien? ¿Se puede saber que coño ha pasado?

-Ha pasado muy rápido. Cuando he bajado me he encontrado con la puerta abierta y entonces he resbalado y había sangre y lo había matado y...

- Vale, vale. Tranquilízate y explícamelo poco a poco. Ven, vamos afuera.- salieron juntas de la habitación y se sentaron en una celda vacía.

- A ver – dijo Ottavia – has bajado hasta aquí, te has encontrado la puerta abierta ¿y entonces qué?

- Me he resbalado. El suelo estaba lleno de sangre. El muy cabrón ha matado al de seguridad. – relató más tranquila. – Entonces he escuchado voces y he ido al fondo del pasillo. Cuando he llegado he visto que había un hombre armado apuntando a los sospechosos que yacían en el suelo. Le ha sonado el móvil y ha hablado con alguien.

- ¿Has escuchado algún nombre o algo que nos ayude a identificarlo?

- No, nada de nada. Cuando ha colgado se le veía más tranquilo, pero ha apuntado al chico más gordo. Entonces ha sido cuando he llamado y he dejado el teléfono en el suelo. Quería intentar hablar con él y persuadirlo para que no hiciese nada.

- Bien hecho. Siempre se ha de intentar una solución no violenta.

- Sí, pero no he podido ni abrir la boca. No se de donde ha salido, pero el agente herido ha disparado a la cabeza del de la pistola. Ha sido tan rápido... ha disparado, pero ha fallado y le ha dado a la pierna del pobre chico que estaba en el suelo. En aquel momento él ha disparado contra el agente y antes de que me disparase le he endosado un tiro en la cabeza.

- Está bien. De momento quédate aquí, después ya haremos el informe. Voy a ver como lo llevan dentro.

Salió de la celda y se cruzaron con dos camillas que se dirigían a las ambulancias que se escuchaban fuera. En la primera había uno de los detenidos que no paraba de chillar, en la segunda el agente herido. Mientras avanzaban, una enfermera le practicaba un masaje cardíaco sentada sobre su cuerpo. Entró en la sala. Una doctora se ocupaba del segundo detenido, mientras el forense de guardia tapaba el cadáver del desconocido con una sábana. Se acercó a la doctora.

- ¿Se encuentra bien?

- Sí inspectora, sólo se ha desmayado.

- ¿Y el otro chico?

- Se lo han llevado al hospital, pero a no ser que hayan complicaciones estará bien.

Alguien llamó a parte a la doctora y le dijo algo al oído. Se giró hacia Ottavia.

Tenemos un segundo cadáver inspectora.

Ottavia miró a su alrededor. Sólo veía el cuerpo tapado por la sábana.

- ¿Dónde está el otro cadáver?- estaba confundida.

- Está arriba. Se ha muerto mientras lo llevábamos hacia la ambulancia. Ha sido una pena.

Los ojos de Lola no paraban de mirar a su alrededor. Había gente por todos lados, médicos, agentes, gente de la científica recopilando pruebas... y el cadáver, aquel hombre con la camisa blanca y tatuaje en el brazo izquierdo al que había matado de un tiro en la cabeza. No se podía quitar aquella imagen de la cabeza, él tirado en el suelo con un agujero en la cabeza, los ojos en blanco y sangre por todos lados. Lola se pensaba que estaba a punto de desmayarse, pero de repente apareció Ottavia.

- Lola, me voy arriba a ver los cadáveres y comprobar si han encontrado alguna pista que nos pueda servir para resolver este caos. Después iré a hablar con el inspector.

- De acuerdo, ves, ves. Yo ara saldré a la calle a que me toque un poco el aire, estoy un poco mareada.

- Muy bien, ten el móvil a mano por si te llamo, ¿de acuerdo?

- Sí, lo haré.

- Venga, hasta ahora.

Se quedó un rato sentada en una de las celdas, pensando en lo que había pasado. Esperando que todo el mundo se fuese. Esta situación le recordaba a una experiencia vivida hacía años, en su antiguo barrio, más o menos cuando tenía unos 17 años. Entonces, volvía a casa de madrugada, había salido de fiesta, para no perder la costumbre, y estaba un poco borracha. De repente escuchó unos disparos al otro lado de la calle. Cuando se giró, vio a un hombre tirado en el suelo. Se acercó para ver si todavía estaba vivo, pero vio que tenía un tiro en la cabeza. Hacía tiempo que había asesinatos en el barrio, no sabía por qué era, pero ya había visto un par. De golpe, escuchó que venía la policía y arrancó a correr hacia su casa.

Un ruido la hizo despertar de sus pensamientos y sonrió irónicamente. Hacía tiempo que no pensaba en aquellos asesinatos de su antiguo barrio. Se levantó lentamente y salió de la celda, vigilando de no volver a resbalar como la primera vez. Se dirigió hacia el ascensor y pulsó el botón de a planta baja para ir a la calle a fumarse un cigarro.

Fuera todo seguía igual. Unos cuantos coches aparcados, agentes que se disponían a hacer su ronda habitual por la ciudad, unos cuantos que reían y se fumaban un cigarro antes de entrar a trabajar. El día, en cambio, no era demasiado bonito. Había nubes y parecía que caería un buen chaparrón. No obstante, era en esos días más oscuros cuando era más feliz. Pero hoy no era así. Cuando estaba lista para volver de nuevo a la comisaría recibió una llamada. Era Ottavia. Seguro que estaba preocupada. ¡Qué mujer!

- Hola, Ottavia, estaba aquí fuera tomando el aire.

- Pues ves acabando que tenemos noticias.

- Ostras, ¡qué bien! ¿Dónde estás?

- En la tercera planta, con el comisario y los de la científica. Creo que tendremos mucho trabajo.

- Muy bien, pues de seguida vengo. Por cierto ¿qué ha pasado con los dos chicos que estaban en las celdas?

- Pues uno está en el hospital pero ya está bien. El otro esta recuperándose del shock que ha sufrido.

- De acuerdo, ahora voy.

Cogió el ascensor para dirigirse a la tercera planta. Allí no había demasiados despachos. Era una sala inmensa llena de ordenadores y mil historias que sólo los de la científica sabían como funcionaban.

- ¡Lola! ¡Aquí! - gritó Ottavia.

- Qué ¿cómo va la investigación? – dijo enérgicamente.

- Pues hemos podido saber el número de teléfono que ha llamado y quién es el propietario – dijo el comisario.

- Sí, además hemos identificado el cuerpo. Era un agente que trabajaba con nosotros.

- ¡Ostras! – dijo Lola sorprendida – en fin, ¿Cuándo nos pondremos en marcha?

- Espera Lola – dijo Niemans muy seriamente- He estado hablando con Ottavia y creo que tenemos una idea muy buena que nos podría ayudar.

- ¿De qué se trata? – dijo Lola con cara de desconfianza.

- Coge una silla y escucha con atención – dijo Ottavia – Se trata de los dos chicos.

Cuando se acabó la reunión, Ottavia se sentía satisfecha. Hacía dos días que estaban estancados y por fin parecía que el caso avanzaba. Habían vuelto al despacho del comisario y estaban sentados alrededor de la mesa.

- Se ve que el hijo de puta hacía años que estaba infiltrado. ¡Se hizo policía sólo para poder pasar información! – gritó Lola.

- Lo que no entiendo es porqué se ha destapado justo ahora. Hacía más de dos años que estaba en activo – dijo el comisario.

- Todo ha sido gracias a los dos chicos que hemos detenido. Supongo que los debían estar buscando desde hacía horas; según lo que nos han explicado nadie les ha seguido, pero eran clientes habituales y estoy segura que Trupo los podía identificar fácilmente. Lo más probable es que el hombre que tenían infiltrado los haya reconocido en la sala de interrogaciones. A partir de aquí todos sabemos lo que ha pasado.

- ¿Han descubierto algo sobre el propietario del teléfono?

- Sí – dijo Lola revolviendo entre los papeles que tenía sobre el regazo – pertenece a un tal Silvio Tucci. Nacido aquí, de padres sicilianos. Trabaja en un bar de mala muerte de la zona de los muelles y lo han detenido un par de veces por posesión. Nada importante.

- Entendido. De momento quiero instalar vigilancia delante de su casa y en el bar donde trabaja. Quiero dos agentes siguiéndolo día y noche e informándome de todos sus movimientos – dijo el comisario.

- No creo que sea ningún pez gordo. La mafia se organiza piramidalmente. Seguramente el tal Tucci está sólo un escalón más arriba que el infiltrado – dijo Ottavia.

- Todavía no sabemos si se trata de la mafia Ottavia – dijo Lola.

- ¡Todo apunta en esa dirección! el cuerpo lo encontramos en la zona italiana de la ciudad, me han dejado parte del cadáver en mi despacho como aviso de no sé qué, y uno de los principales sospechosos de los hechos de hoy, que no me negaréis que tienen relación con el asesinato, ¡es de Sicilia! – gritó Ottavia.

- Ya es suficiente Fuschino – dijo Niemans con tono firme.

- ¿Quiere que detengamos a Tucci? – dijo Lola para relajar el ambiente.

- No, nos es más útil en libertad. No estamos seguros si se trata de la mafia siciliana o no, pero lo que sí es cierto es que son un grupo muy bien organizado. Para infiltrar a un agente en la policía durante tantos años hacen falta recursos. Encárguese de que el operativo comience de seguida agente Gómez. Puede retirarse.

- Sí comisario.

Lola salió del despacho y los dejó solos. El comisario se levantó y se dirigió hacia la ventana. Fuera el sol comenzaba a esconderse, alargando las sombras de los edificios y esparciendo un color rojizo sobre el asfalto.

- Sé que este caso la afecta más que los otros – dijo sin girarse – pero no puede permitirse que sus emociones la controlen y todavía menos delante de un subordinado. Siempre he pensado que era una buena agente, precisamente porque deja sus emociones fuera de la comisaría. Aquí nos basamos en las pruebas y de momento las que tenemos no nos aseguran que la mafia esté detrás de todo este caos – todavía miraba por la ventana, absorto en su discurso. Ottavia se lo miraba sin escucharlo demasiado. Ya había sentido ese discurso muchas veces, hasta de su propia boca.

- Lo que sí es cierto es que usted tiene alguna relación con los hechos – continuó el comisario – y hemos de descubrir cuál es.

- Hay una cosa que no sabe comisario – dijo Ottavia – mi padre era inspector de policía en Sicilia y cuando yo era muy pequeña lo asesinaron de la misma manera que al cuerpo que nos encontramos esta mañana.

El comisario se giró de golpe.

- ¿Por qué no sabía nada? Mierda Ottavia, ¡esto lo cambia todo! – gritó Niemans. Era la primera vez que Ottavia lo escuchaba hablar de esa manera – ¿Y tiene alguna idea de porqué la mafia la está amenazando?

- No señor, Mi padre murió hace más de treinta años en otro país. No sé porqué justo ahora...

- Ottavia se deshizo. No podía seguir hablando. Nunca había hablado con nadie sobre la muerte de su padre y la huída de Italia y todos los recuerdos le vinieron de golpe por segunda vez ese día. Se giró para que Niemans no la viese llorar y se tapó la cara con las manos. Lloraba por el recuerdo de su padre, por la madre que murió lejos de su país y de su familia. Lloraba por el estrés de ese día de mierda y sobre todo lloraba por él. Porque le quería y no podría decírselo porque estaba allí de pie sin decir nada, como siempre.

Niemans se acercó a la silla. Sacó un pañuelo del bolsillo de la camisa y se lo ofreció a Ottavia.

- Gracias – dijo Ottavia cogiéndolo. Tenía sus iniciales grabadas y olía a *aftershave* – Lo siento. No sé que me ha pasado. Será mejor que me vaya. Tenemos mucho trabajo por hacer.

Se levantó y abrió la puerta sin mirar atrás. Notaba los ojos del comisario clavados en su espalda y sabía que si lo miraba volvería a llorar. Salió del despacho y cerró la puerta.

Lola salió del despacho y se dirigió al ascensor. Estaba muy cansada, había sido un día muy estresante y habían pasado muchas cosas, demasiadas y tenía la cabeza a punto de explotar. Dentro del ascensor se encontró con un antiguo compañero de la escuela donde se formó para ser agente de policía. Cruzaron una mirada de complicidad ya que habían pasado un par de años juntos, pero la relación se había enfriado mucho y no había la confianza de siempre.

Cuando llegó a la planta baja, se dirigió hacia el tablón de la puerta de entrada y dejó la identificación que le permitía estar dentro del edificio y salió a la calle. Se estaba haciendo de noche, pero aún brillaban los últimos rayos de sol. *Hacía tiempo que no veía una puesta de sol tan bonita como la de hoy*, pensó. Fue caminando por el paseo que recorría el río pensando como podría abordar el caso que tenían entre manos. No obstante, había alguna cosa que la preocupaba. *¿Era un aviso de la mafia a Ottavia para que no interviniere en el caso? Si sabían que Ottavia era hija del inspector asesinado hacia treinta años, ¿existía la posibilidad que el mismo padre de Ottavia fuese un infiltrado*

*en la policía? Si era un infiltrado ¿por qué lo mataron?* Había demasiadas incógnitas por resolver, demasiados dolores de cabeza. Estos temas los tenía que hablar con la misma Ottavia, no vaya a ser que escondiese algo que pudiese ayudar en el caso.

Sin darse cuenta llegó a su casa. Era un pisito modesto con vistas al río. Aquella noche no tenía hambre. Encendió el equipo de música y puso su música preferida, la banda sonora de *El Piano*. Se sirvió una copa de vino tinto, encendió un cigarro y se sentó en el sofá. Estaba tan relajada que poco después se quedó dormida. Mañana será otro día.

## CAPÍTULO 2

2 MESES DESPUÉS.

- ¿Seguro que tenemos que hacer esto, Jack?

- Mira, Adam, si no lo hacemos, podemos tener verdaderos problemas y no queremos eso, ¿verdad?

- Es cierto, no perdamos más tiempo.

La música del bar se oía desde fuera. Era una fiesta privada ambientada en los años 20 y todos los invitados iban muy elegantemente vestidos. Jack y Adam entraron en el bar y se sorprendieron de lo grande que era y de lo bien ambientada que estaba. Con sólo entrar se veía una escalera bastante ancha de mármol y con las barandillas de madera. Al fondo había una orquesta tocando un swing y la gente ya estaba bastante animada, bailando en el centro de la pista. Había camareros sirviendo cócteles y ofreciendo cigarrillos a los invitados. Era una gran fiesta, pero no podían estar mucho rato, debían ir por trabajo. Buscaban a una chica y la tenían que matar. De repente, la vieron bajar por las escaleras. Rubia platino, ojos grandes azules y penetrantes y unas curvas que harían volver loco a cualquier hombre. Iba con un vestido negro largo por debajo de las rodillas, con una abertura que casi le llegaba a las caderas. Fumaba un cigarrillo con un filtro alargado. Jack y Adam no se creían que tenían que matar a esa preciosidad de mujer, pero el trabajo era el trabajo y no podían hacer nada.

La fiesta transcurría con total normalidad, pero los dos amigos se estaban poniendo nerviosos y no encontraban la manera de poder matar a esa chica. Ni tan solo habían podido hablar con ella. Era normal, estaba rodeada de hombres ricos, babeando, a ver quien podía conseguir que ella fuera su compañera de cama esa noche. Si terminaba con alguien, seguro que se llevaría una buena suma de dinero.

- Tengo una idea – dijo Jack – Cuando hagan el brindis, aprovecharé el ruido para pegarle un tiro.

- De acuerdo. Yo iré a fuera y te esperaré con el coche encendido.

- Perfecto, no podemos fallar. – Se separaron. Jack se acercó a la chica y Adam se dirigió a la puerta sin perder de vista a su amigo.

Todo pasó muy rápido. Dos personas vestidas de esmoquin abrieron las botellas de cava. ¡Pam! ¡Pam! De repente, la gente empezó a correr y a chillar, asustada. La chica rubia estaba tumbada al suelo, con dos tiros, uno al pecho y el otro a la cabeza. Un gran charco de sangre la rodeaba y los pobres que habían abierto las botellas estaban llenos de sangre, con cara de terror. A Jack no le había temblado el pulso y aprovechó la estampida de la gente para salir con ellos y que nadie pudiera identificarlo. Adam lo esperaba fuera. Cuando lo vio, abrió la puerta del coche y huyeron del local.

- ¿Te ha visto alguien? – preguntó Adam.

- No, creo que no. He salido a fuera con toda la gente. – A Jack le faltaba aliento y estaba muy nervioso – ¿Vamos a tomar una copa?

- Sí, así nos tranquilizamos un poco y llamamos a Coti.

Las últimas notas del nocturno de Chopin aún resonaban en la gran sala de música cuando alguien llamó a la puerta. Don Carlo se esperó unos segundos antes de levantar los dedos del piano. Era un Steinway negro de cola larga que había comprado hacía más de diez años y que, juntamente con la primera edición de Ulises de Joyce, era su posesión más preciada.

- *Avanti!* – dijo con voz ala, por encima de la partitura.

- Don Carlo, ya está todo solucionado.

- ¿Algún problema?

- No, Don. Todo ha ido como estaba previsto.

- Gracias, Fabio. ¿Como está el otro tema? - preguntó mientras se servía una copa de vino blanco.

- Por lo que hace a la dos policías, parece que no tomaron seriamente el regalo que les enviamos, pero de momento no tienen nada contra nosotros. Detuvieron a Tucci hace dos días, pero no hablará. Interrogaron a medio barrio y estuvieron dos días haciendo redadas con perros, pero no encontraron nada. Luca ha estado vigilado a la más joven. Se llama Lola Gomes, tiene 22 años y hace poco que ha entrado al cuerpo. No nos ha costado nada saber que se droga desde hace años. Uno de sus camellos está en una de nuestras zonas. Podríamos presionarla por ahí. Si le cortamos el suministro de cocaína a lo mejor sus prioridades cambian. En cuanto a la inspectora...

- La inspectora Fuschino es una vieja conocida. – Cortó Don Carlo – Ella no sabe nada, pero está más ligada a mí y a la familia de lo que ella se piensa. De momento, dejadla en paz. Ahora ven, hay otro tema que hemos de solucionar.

Se levantó del piano y se dirigió a la puerta. Atravesaron un pasillo de paredes forradas de cuadros y entraron en un salón. Cuatro ventanas enormes dejaban pasar la luz del Sol de la tarde, que iluminaba hasta la última esquina de la estancia. Sentada en uno de los grandes sofás había una gata persa de color gris, lamiéndose la patas sin prisa. Al ver a su amo, se levantó y ronroneando, empezó a frotarse entre sus piernas.

- Ahora no Giuletta. – dijo Don Carlo mientras le acariciaba la cabeza.

Siguieron avanzando hacia la parte de atrás de la casa. Era una mansión enorme de estilo mediterráneo, situada a las afueras de la ciudad. Fuera, un poco apartadas, estaban las cuadras. A Don Carlo no le gustaban demasiado los caballos, pero tanto su mujer como su hija pequeña eran excelentes jinetes. Ahora pero, las dos mujeres se habían ido con sus caballos a la casa que tenían a Italia y las cuadras estaban vacías.

Entraron. El interior era oscuro y fresco con diferentes compartimentos para los diferentes caballos. Las paredes estaban llenas de sillas de montar, comedores, estribos y todo lo que un caballo pudiera necesitar. El suelo, de paja, ensordecía el ruido de sus pasos. En uno de los compartimentos había un grupo de hombres. Uno de ellos estaba ligado a una de las anillas de la pared. Tenía las manos a la espalda y una barra de madera situada debajo las axilas le mantenían de pie. Estaba medio inconsciente, con el rostro lleno de sangre que le salía de diferentes heridas todavía abiertas. Uno de

los hombres sostenía una cuerda con un estribo a uno de los extremos. Lo hacía girar por encima de su cabeza, como si fuera un cowboy de película. Alguien fumaba.

- ¡Basta! – dijo Fabio – Don tiene que hablar con él.

El hombre del estribo paró y se situó a un lado. Don Carlo hacía tiempo que no pegaba a nadie personalmente, ya tenía quien lo hiciera por él. Le gustaba más la sensación del poder que sentía al decidir si una persona vivía o moría.

- ¿Como te encuentras Luca? – dijo con una voz suave, como si estuviera hablando con un niño pequeño – ¿Quieres un poco de agua?

El hombre gimió e intentó moverse, pero el dolor era tan grande que se quedó quieto.

- Sabes porqué te están haciendo esto mis hombres, ¿verdad Luca? No tendrías que haber hecho lo que hiciste, chico. Robar es una cosa muy fea y todavía más si robas a tus amigos. Porque nosotros somos tus amigos, Luca – dijo mientras le daba unos golpecitos a la mejilla – Ahora tendré que hacer una cosa que no me gusta nada, Luca. Porque en el fondo yo soy un hombre muy poco violento, ¿sabes?

Sacó un pañuelo blanco impecable del bolsillo y se empezó a limpiar la mano, que le había quedado manchada de sangre. Luca abrió los ojos y mirando a Don Carlo, intentó decir alguna cosa. Don Carlo se arrodilló y acercó su oreja a su boca.

- No te preocupes por tu mujer y tus hijos, no les faltará nada. Nosotros cuidaremos de ellos. La familia es la familia Luca, aunque tú nos hayas traicionado yo siempre cumplo con mi palabra.

Con estas palabras, se levantó y se marchó. No hacía falta decir nada a sus hombres, ellos sabían que hacer.

Al otro lado de la ciudad, Ottavia repasaba papeles en su despacho. En los dos últimos meses no solamente habían podido demostrar con pruebas que la mafia estaba operando en la ciudad, sino que además, cada vez veía más claramente que toda la ciudad era un nido de corrupción. Hacía un par de horas la habían llamado para decirle que habían dejado en libertad sin cargos a Silvio Tucci, las investigaciones en la iglesia donde encontraron el primer cadáver no habían llevado a ningún sitio y siempre que encontraban alguna prueba, los llevaba hacia el mismo lugar; el policía infiltrado que Lola había matado.

Dejó la pluma sobre la mesa y se tumbó en la silla. Últimamente le costaba dormir y se quedaba hasta muy tarde en la comisaría. Se levantó y fue hacia la máquina de café que había en el pasillo. Marc, su guardaespaldas, estaba sentado justo a la entrada del despacho. Se había dormido. *Que duerma*, pensó, *al menos uno de los dos mañana tendrá la cabeza clara*. Al llegar a la máquina vio que estaba estropeada y decidió ir hacia al bar. Recorrió el pasillo y justo cuando pasaba por delante de la puerta del comisario, esta se abrió. Ottavia lo vio primero, pero él estaba de espaldas.

- Buenas noches, comisario.

- ¡Ottavia! – dijo todo sorprendido – Que... - se lo veía nervioso, estaba claro que no esperaba encontrarse a nadie delante de su puerta. Todavía iba vestido con el uniforme de gala, esa tarde habían

enterrado a un inspector amigos suyo – ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Marc? – dijo mirando arriba y abajo del pasillo.

- Está en mi despacho. Solamente he salido un momento. – dijo mientras comenzaba a notar una sensación de nerviosismo que le empezaba a subir por las mejillas. *Qué guapo se le ve*, pensó – Erm... ¿me preguntaba si querría ir a tomar un café? Ahora mismo iba hacia la cafetería...

- No – dijo secamente mientras cerraba la puerta de su despacho – Tengo prisa.

Ottavia se quedó un poco parada pero en seguida recuperó la compostura.

- Entendido. Entonces hasta mañana, comisario. Buenas noches. – Bajó la cabeza, apartando la mirada, giró y se fue.

Adam y Jack llegaron si problemas al bar donde iban desde hacía poco. Estaba en un callejón, un poco apartado del centro de la ciudad, pero lo suficientemente concurrido como para que nadie sospechara nada. Dejaron el coche justo delante del bar, entre un container y las escaleras de emergencia del edificio. Salieron del coche, se encendieron un cigarro, y entraron al bar. Era un local poco iluminado, con una barra larga de madera muy bien decorada. Era de techo bajo, lleno de humedades y de vez en cuando te podías encontrar algún que otro escarabajo. Eso sí, las poca mesas que había siempre estaban llenas de gente, mayoritariamente de gente joven, rondando la treintena, que iban a emborracharse. La verdad es que la bebida era barata e iba bien que hubiera ese ambiente porque así no llamaban la atención.

Se sentaron a una mesa apartada y poco iluminada, de hecho, el propietario del bar, Miquel, ya se la tenía reservada de por vida. Una vez sentados, Adam pidió un *Absolut* con limonada y Jack se pidió un *Four Rouses* con Coca Cola.

- No sé como puedes pedir Bourbon, Jack, lo encuentro demasiado seco, no se.

- Pues yo no sé como puedes beber vodka con limonada...mmm...lo encuentro demasiado ácido – dijo Jack, haciendo una mueca con la cara y metiéndose con Adam.

- ¡Mira, va, calla! No tengo ganas de discutir hoy.

- Es verdad. Hoy no es un día para discutir. ¡Por cierto! Voy a llamar a Conti para decirle que hemos terminado con el trabajo.

- Muy bien. Yo voy a ir al lavabo, que me estoy orinando...

Al cabo de cinco minutos, Adam volvió del baño y vio que Jack no tenía cara de buenos amigos.

- ¿Qué ocurre, Jack? – dijo Adam, con cierto nerviosismo.

- Pues que hoy tendrás que actuar muy bien, Adam – dijo con cara de preocupación.

- ¿Qué quieres decir con esto?

- Pues que tu amigo, Conti, ha dicho que nos esperemos aquí, que nos tiene que venir a ver para decirnos una cosa urgentemente. Y me ha remarcado que nos quedemos los dos, así que no te puedes ir como la última vez.

- De acuerdo, no sufras, que me llevaré bien. – Dijo Adam – Espero que no se quede mucho rato.

- Esperemos que no. Me ha dicho que tardará una hora en llegar, así que... ¿una copa más?

- ¡Sí! Otra copa nos irá bien.

Se pidieron sus respectivas bebidas y se pusieron a hablar tranquilamente, riendo, pero a la vez inquietos por las noticias que les traería Conti. De hecho, los dos sabían que no serían noticias agradables.

Esa noche, Lola decidió salir sola. Necesitaba un poco de distracción, era viernes y no quería pensar más en el caso. Ya había tenido que llamar a Ottavia para decirle que habían dejado en libertad a Silvio Tucci sin cargos y eso no eran buenas noticias. Así que tenía claro que esa noche sería una gran noche.

Decidió ir al local donde iba cuando estudiaba. Tenía buenos recuerdos. Se llamaba *Special* y era una discoteca muy grande. Había dos pisos: en la primera planta había un guardarropía, con unos baños y un bar enorme, lleno de mesas con una vela de color rojo en cada una. Por el medio pasaba un pequeño riachuelo, muy estrecho, iluminado por unas luces fluorescentes de color amarillento. *¡Cuántas veces me habré caído aquí dentro, yo!* En la segunda planta estaba la discoteca, la más grande que había visto en su vida, donde ponían todo tipo de música.

Se sentó en una mesa cerca del riachuelo y se pidió un tequila con kiwi. Se había puesto el mejor vestido que tenía, de color negro, bastante escotado y dejando ver casi toda la espalda. Mientras esperaba, empezó a mirar a su alrededor, a ver si veía alguna cara conocida o, quien sabe, su víctima de esa noche. Las horas pasaban y el alcohol que se había tomado empezaba a hacer efecto. Por un momento, tuvo tentaciones de pedir a alguien si sabía donde conseguir buen material, pero ya hacía dos meses que no tomaba nada y quería seguir igual. De repente, alguien le tocó la espalda. Se giró y se encontró con su viejo compañero de curso, que hacía poco había visto en el ascensor de la comisaría.

- ¡Hola! ¿Qué tal, como estás? – dijo Lola, con una mirada muy sensual. Siempre había encontrado atractivo a ese hombre, pero nunca había tenido la oportunidad de decirle nada.

- ¡Muy bien! La verdad, es que ya me iba, porque me he quedado solo, pero entonces te he visto y como estabas sola, he pensado, ves a saludarla. ¡Y aquí estoy! – dijo Alex. Su sonrisa y su vocalización indicaban que iba un poco bebido. *¡Perfecto!* Pensó Lola.

- Pues yo también me iba a marchar, que mañana tengo trabajo y ya es tarde. Vivo aquí, muy cerca. ¿Me podrías acompañar, por favor? Es que voy un poco bebida y me da miedo que...

- ¡Por supuesto, mujer! No hace falta que me lo preguntes. ¡Vamos!

Caminaron rodeando el río, bajo la luz de la luna y rieron mucho. Esa media hora de paseo para Lola pasó como si fueran dos minutos. *No pensaba que fuera tan divertido este chico... Lola, no te enamores, que sabes que lo pasas mal.* Pensaba, mientras le miraba a los ojos y escuchaba su discurso acerca de Orión, una constelación en forma de guerrero.

Finalmente, llegaron a casa de Lola. De hecho, ella tenía las cosas claras antes de salir de la discoteca. Esa noche quería irse a la cama con alguien. Y lo había encontrado. Pero ahora, después de

esos minutos, tenía una sensación extraña que hacía tiempo que no sentía. *Sabes qué, no seas tonta, aprovecha esta noche, que a saber cuando tendrás otra oportunidad como esta.*

- ¿Quieres subir a tomar la última copa? – dijo, susurrándole a la oreja.

- Sí, me apetece mucho...sobre todo con tu compañía.

Subieron con el ascensor al tercer piso. Era un ascensor pequeño y se notaba la tensión sexual que había entre esos dos viejos amigos. Se respiraba en el aire. Lola abrió lentamente la puerta de entrada para hacer que su compañero se pusiera más nervioso. Se dirigieron al comedor y ella se sacó la chaqueta que había cogido por si hacía frío. Se quitó los zapatos y encendió el equipo de música. Sonaba *Teardorp* de *Massive Attack*. No sabía porque, pero esa canción le hacía sacar todas sus fantasías eróticas. Sirvió dos copas de whisky y bajó un poco la intensidad de la luz. Se dirigió a su habitación, que estaba justo delante del comedor, encendió dos velas aromáticas. Volvió hacia al comedor, miró a su amigo y se puso a bailar muy sensualmente, de espaldas a él, así lo podía mirar de reojo. Y pasó lo inevitable. Alex la cogió por la cintura y empezó a acariciarle el cuello con los labios. Lola, con la mano izquierda, lo cogió por el cabello, diciéndole con ese gesto, que se acercara más a ella. Quería notarlo bien cerca. Estuvieron bailando unos minutos en el comedor, bien juntos uno del otro, sintiendo el calor que desprendían sus cuerpos. Lola se giró y fue a buscar sus labios, pero él la esquivaba cada vez que ella lo intentaba y eso la encendía todavía más. Después de haber tirado unos cuantos libros y un jarrón, se dieron el primer beso, largo, intenso, apasionado. Ahora sonaba *Orabidoo* de *Mike Oldfield*. Continuaron besándose sin parar, tocándose por doquier, como si fueran dos estudiantes que se buscaban con impaciencia para descubrir los placeres del sexo. Alex la subió a un mueble pequeño que había al lado del sofá y le sacó el sujetador y las bragas con una destreza que sorprendió a Lola. Entre tropiezos, caricias y gemidos, consiguieron llegar a la habitación. Estaban muy excitados. Mientras ella le abría la camisa, Alex le iba sacando el vestido, dejando al descubierto su cuerpo. Lola lo tiró a la cama. Se mordió el labio inferior y se deshizo de la cola que llevaba. Le empezó a desabrochar el cinturón, muy a poco a poco, para hacerle sufrir. Disfrutaba. La bajó los pantalones y le empezó a acariciar por todas las esquinas de su cuerpo, haciéndole pequeños mordiscos en las zonas más sensibles, haciendo que se retorciera de placer. Lo desnudó de arriba a bajo y Alex no opuso resistencia, le gustaba que le hicieran eso. Se dieron un beso muy intenso. Alex hacía intentos por penetrarla, pero ahora era ella que se resistía y lo esquivaba, haciendo durar un poco más ese juego que llevaban toda la noche practicando. Finalmente, Alex consiguió cogerla por las muñecas y, con una cuerda que encontró encima de la mesita de noche, la ató a la cama. *Ya eres mía, Lola.* Pensó él mientras le besaba los pezones e iba bajando por el estómago hasta llegar a la cintura...

Por favor, no me hagas esperar más. ¡Hagamos el amor de una vez! – dijo Lola, que no aguantaba más tantas sensaciones de placer y que sentía que tendría un orgasmo de un momento a otro.

- De acuerdo, de acuerdo – dijo Alex, susurrándole a la oreja.

Se puso el preservativo que tenía en el bolsillo del pantalón, que estaba a la derecha de la cama. Se miraron, haciendo un poco más larga esa espera, mientras Alex hacía ver que la iba a penetrar. De repente, y cuando menos se lo esperaba ella, al fin, la penetró. Ese momento fue explosivo, los dos gimieron a la vez, sintiendo el calor en lo más profundo de sus cuerpos, fruto de tanto rato esperando ese momento, que parecía que nunca llegaría. Y empezaron a hacer el amor, primero románticamente, poco a poco, besándose, mirándose a los ojos, disfrutando del momento. Después el ritmo aumentó y

salió toda la pasión que llevaban dentro, haciendo de ese momento un poco más salvaje y apasionado. Así pasaron toda la noche.

Una vez terminaron, los primeros rayos de luz entraban por la ventana de la habitación. Estaban cansados y muy sudados después de esa noche tan larga.

- Me lo he pasado muy bien – dijo Lola, mirándole con esos ojos oscuros.

- Yo también, la verdad es que ha sido una noche mágica para mí – dijo Alex – ¿Vamos a dormir un poco?

- De acuerdo, sí, que estoy un poco cansada – le dijo, abrazándole.

De repente, alguien llamó al teléfono de Alex.

- Mmm...he de irme, Lola, lo siento – Le decía, mientras se vestía rápidamente.

- ¿Pero por qué? – dijo Lola, muy sorprendida.

- Lo siento, de verdad, pero no me puedo quedar – Se giró y se fue, sin darle ningún beso.

Lola se levantó de la cama y miró por la ventana. Vio como Alex entraba en un coche de gama alta y salió escopeteado. *Este Alex me esconde alguna cosa.* Pensaba mientras seguía al coche, hasta que giró a la derecha y desapareció.

Antes de cerrarse las puertas del ascensor, Ottavia ya había tomado una decisión. En el trabajo las cosas no avanzaban y, por más que investigaran, los hilos siempre iban a parar al mismo sitio. Por un lado tenían vigilado a Silvio Tucci, que de repente se había convertido en el ciudadano ejemplar. Había cambiado de trabajo, de barrio e incluso de puta. Estaba claro que sabía que lo estaban vigilando y estaba haciendo todo lo posible para no llamar la atención. Si se ponía en contacto con sus superiores, lo hacía de una manera que Ottavia y sus hombres no lo habían descubierto. Lo mismo les pasaba con Trupo. Llevaba dos meses desaparecido y ni tan solo había llamado a su mujer.

Por otro lado, habían intentado ponerse en contacto con el juez que había dejado en libertad a Tucci, pero casualmente se había ido de vacaciones por tiempo indefinido. Este era uno de los puntos que más preocupaba a Ottavia, la corrupción que se comía la ciudad por dentro. Siempre había sabido que había policías que se sacaban un sobresueldo en la calle, o abogados que no hacían del todo bien su trabajo, pero últimamente había visto demasiadas cosas. Crímenes archivados prematuramente, con inocentes a la prisión pagando por lo que no habían hecho. Alcaldes que se dejaban sobornar y hacían la vista gorda y, lo que era más dolorosa para Ottavia, altos cargos de la policía que se convertían en mafiosos, dedicados a la extorsión, a robos y al tráfico de drogas. Se sentía impotente y pequeña, sin poder para solucionar problemas que le iban demasiado grandes. Y su vida privada no ayudaba.

Sentía que los años pasaban cada vez más rápido, recordándole todo eso que no había hecho, pensando que ya tendría tiempo más adelante. Placeres frustrados y momentos perdidos. Todo por llegar donde estaba ahora. Lo había conseguido sí, pero no tenía nadie con quien compartir los éxitos y fracasos del día. No tenía nadie y se sentía sola.

Era por todo esto y más que había tomado una decisión. Ya estaba harta de esperar a que las cosas pasaran. Estaba harta de esperar a que apareciera Trupo, harta de esperar a que Tucci hiciera un

movimiento en falso, harta de esperar pruebas que no aparecieran y, sobre todo, estaba harta de sentir esa impotencia. Debían resolver el caso y para hacerlo necesitaban saber más cosas sobre su pasado y de su padre. Debía ir a Italia.

Al salir del ascensor se sintió bien, ahora tenía alguna cosa a hacer y fue como si se sacara un peso de encima. De repente, sintió un ruido al final del pasillo. Venía de la sala de reuniones. Ottavia se extrañó, era demasiado tarde como para que alguien estuviera en ese piso. A esas horas sólo quedaba gente en la primera planta del edificio, que era donde se encontraba la comisaría. Lo normal es que hubiera alguna prostituta y un par de borrachos. Quizás un grupo de jóvenes que se habían metido en una pelea, pero nunca había nadie en las plantas superiores.

Se acercó a la puerta y cuando la fue a abrir, alguien salió corriendo empujándola. Ottavia cayó al suelo y se dio un golpe muy fuerte a la cabeza. Cuando se pudo levantar, empezó a correr hacia donde el desconocido había girado. Sintió que una puerta se cerraba al final del pasillo. Se sentía mareada y un poco confusa, pero aceleró su paso para atraparlo. Cada vez que llegaba a una puerta o al final del pasillo, solamente conseguía ver una sombra que desaparecía. Al cabo de unos minutos, salían a la calle por una puerta lateral. Ottavia se permitió parar unos segundos. Le dolía mucho la cabeza y se mareaba cada vez más. El desconocido corría calle abajo y en breve desaparecería. Su instinto y su formación como policía la advirtieron que no debía aventurarse sola en una situación como aquella, pero no tenía tiempo para avisar a nadie. Cogió aire y empezó a correr de nuevo.

Había llovido y el suelo estaba mojado. La luna, que estaba llena, se escondía detrás de unas nubes, saliendo de vez en cuando para iluminar parcelas de la calle, mientras sus pasos resonaban rítmicamente haciendo un canon con el desconocido, rompiendo el silencio de la noche.

- ¡Alto! ¡Policía! – dijo ella, sin aliento.

El hombre no se inmutó. Giró una esquina y desapareció. Ottavia corría tanto como podía, respirando cada vez con más dificultad, notando cada latido en su garganta.

- ¡Alto, policía! – volvió a decirle – ¡Para, malcriado!

Al cabo de cinco minutos, que le parecieron una eternidad, Ottavia se paró en seco a la entrada de un callejón. No podía seguir corriendo. La cabeza le daba vueltas, la vista se le empezaba a poner borrosa y sentía un silbido en las orejas. Justo antes de caer al suelo, consiguió acercarse a la pared y lentamente se sentó al suelo. Desorientada y más mareada que nunca, vio como una sombra se le acercaba. Un miedo le recorrió la espina dorsal y quiso coger la pistola, pero no la encontró. La había dejado encima de la mesa del despacho. Intentó levantarse para plantar cara al desconocido, pero no pudo. Todo se volvió negro.

Cuando abrió los ojos todavía estaba en el callejón. Estaba sentada en el suelo, al lado de unas cajas vacías. El mareo había pasado tan rápidamente como había venido, pero el dolor de cabeza era mucho peor. Con cara de dolor, se tocó el lugar donde se había dado el golpe y notó algo húmedo, que no era agua ni nada por el estilo. Al mirarse los dedos vio que los tenía manchados de sangre. Se levantó lentamente y miró a su alrededor. El callejón seguía desierto y silencioso si no fuera por un gato negro que la miraba desde una esquina, subido en un cubo de basura.

- No habrás visto que ha pasado, ¿verdad gatito?

El gato movió las orejas y de un salto bajó del cubo. Durante unos segundos se quedó allí, quieto, mirándola fijamente.

- Lo que me faltaba – se dijo Ottavia a si misma – ahora hablo con los gatos...

Cuando se sintió un poco mejor, salió del callejón y se dirigió hacia comisaría. Cuando se paró a pensar, vio que había tenido mucha suerte. Estaba persiguiendo a alguien a quien había visto espiando dentro de la comisaría, se había desmayado y no le había pasado nada. A lo mejor había tenido demasiada suerte y todo.

El teléfono sonó dentro de la salita seis veces antes de que nadie lo cogiera. La casa estaba dormida pasando las horas de más calor del verano. Las persianas bajadas para intentar que no entrara ni un rayo de sol y todas las ventanas abiertas, para aprovechar al máximo cualquier corriente de aire.

Don Carlo se había trasladado esa misma semana a su casa de Catania a pasar el verano. Le gustaba volver cada año a la ciudad donde había nacido. No solamente iba por trabajo, era como cargarse de energía volver a Sicilia, una necesidad. En el continente no podía respirar. Habían los negocios, legales e ilegales, pero a Sicilia se sentía vivo y joven otra vez más. Aprovechaba para renovar viejas amistades, recordar favores y pasear por la playa. O, simplemente, tomar un café al bar de la plaza.

- Pronto?

Posso parlare con Don Cannonieri? – dijo una voz lejana.

- Soy yo, Fabio. ¿Estás hablando por una línea segura?

- Si Don. Llamaba para ponerlo al día de como va todo por aquí. Los locales funcionan como siempre. Tuvimos problemas con un inspector de sanidad, pero no hay nada que un poco de pasta pueda solucionar. El tema de los televisores ya está cerrado. Los camiones pasaran por la carretera secundaria de siempre y a la altura del quilómetro 24 los pararemos. Los dos chicos de quien le he hablado se ocuparan. Hasta hora han hecho todo lo que les hemos pedido sin quejarse...

- Está bien, pero no dejéis de vigilarlos. Nunca me ha gustado la gente que no se de donde viene.

- Qué quiere que hagamos con los Pessotto? Nos están tocando los *coglianni* últimamente y los chicos se están cansando. Algún día habrá problemas. El otro día pillamos a uno de los suyos vendiendo en la zona de los muelles y la semana pasada interceptaron un cargamento que venia de los rusos. Hace más de cincuenta años que se hicieron las reparticiones ¿y ahora lo quieren cambiar?

- Deja que hable con su Don, la última cosa que necesitamos ahora es una guerra abierta. ¿Alguna cosa más?

- Solamente una cosa. Ayer la inspectora Fuschino pilló a uno de nuestros infiltrados dentro de la comisaría. Un poco más y lo atrapa, pero al final se escapó. Don...los chicos preguntan porque no podemos tocarla...ayer la podríamos haber eliminado muy fácilmente.

- No he de dar explicaciones de nada, Fabio. Que no la toquen. Son mis órdenes, ¿entendido? – dijo, enfadado.

- Si, Don.

Don Cannonieri colgó el teléfono y se puso cómodo en su butaca. Las cosas estaba cambiando y no a mejor. Cuando él era pequeño nadie cuestionaba las órdenes, se seguían y punto. De repente le vino a la mente un joven de veinte años que había desafiado al, entonces, capo de la familia, su tío. Fue la primera vez que vio que les pasaba a los que querían dejar o traicionar la familia. El chico, un tal Sergio, había estado robando a la familia durante meses, quedándose unas cuantas libras a cada encargo o quedándose parte de la mercadería. Cuando los fueron a buscar estaba en la cama con una puta y ni tan solo dejaron que se vistiera. Se lo llevaron a la plaza del pueblo y le pegaron un tiro entre ceja y ceja. Por ladrón le cortaron las manos, por cobarde lo cortaron los pies y por traidor le cortaron la lengua. Des de ese día, todo el mundo que fuera encontrado como traidor, encontraría la misma suerte.

Lola hacía un par de horas que se había levantado. Desde que Alex se fue de esa manera tan misteriosa, solamente había podido dormir hasta las once de la mañana y, aún que estuviera un poco borracha, se había despertado para ponerse a investigar sobre el caso a través de todas las pistas, pruebas y posibles caminos que podían seguir. Tenía una pizarra llena de papeles, flechas, fotografías, un mapa de la ciudad y, como no, llenos de *post-it* con notas importantes. Se estaba fumando un cigarrillo y tomándose un café, cuando de repente le sonó el móvil.

- ¿Diga? – dijo, con la voz ronca.

- Hola Lola, soy la Ottavia. ¿Puedo venir a tu casa? –preguntó, con la voz un poco apagada.

- Por supuesto, ¿qué te pasa alguna cosa? – Estaba un poco preocupada, porque normalmente cuando la llamaba no tenía esa voz.

- No tranquila, estoy bien. Ahora vengo y hablaremos un rato sobre el caso, ¿de acuerdo?

- Si, perfecto. ¡Hasta ahora! – dijo enérgicamente. Le motivaba mucho ese caso y tenía ganas de hablar sobre el tema a todas horas.

Al cabo de un rato, sonó el timbre de la puerta. Lola ya se había duchado y vestido y estaba más despierta. Había preparado una cafetera por si la cosa se alargaba y había ordenado toda la documentación. Se dirigió rápidamente a abrir la puerta.

- Hola Otta... – Se la quedó mirando con una cara de sorpresa que, poco a poco, se fue convirtiendo en cara de preocupación. – ¿Qué te ha ocurrido? – Preguntó, cogiéndola del brazo para acompañarla hasta al sofá.

- Estoy bien, no hace falta que me trates como a una viejecita – Dijo, apartándole la mano del brazo.

- Perdón, perdón, ¡me has dado un buen susto! ¿Y qué?, ¿me explicarás qué te ha pasado o no? – Le preguntó, impacientemente.

- Pues nada, que salí de la comisaría y un hombre que salía de un despacho me pegó un portazo. Lo intenté perseguir pero creo que me desmayé o lo perdí de vista, de esto no me acuerdo muy bien. Lo que sí recuerdo es que me puse a hablar con un gato – dijo, con tono irónico.

- Madre mía, no te puedo dejar sola ni un momento. ¿Te sientes preparada para ponerte a trabajar o prefieres descansar un rato? – Volvía a tener ese tono protector, de madre, y Ottavia lo odiaba. Lola se dio cuenta y le pidió perdón.

- No he venido a hablar precisamente del caso, Lola. Te he venido a hacer una propuesta. Y más vale que te prepares porque no es una propuesta cualquiera. – La cara de Ottavia revelaba esa sensación de preocupación que a Lola no le gustaba nada.

- Venga, dispara – Le dijo Lola, incorporándose y poniendo los cinco sentidos.

- Quiero que nos vayamos a Italia a investigar sobre mi padre y la relación que tenía con la mafia. Creo que este caso es más personal de lo que nos creíamos y si vamos al origen de las cosas, podríamos volver aquí y solucionar el caso en cuestión de días.

La cara de Lola lo dijo todo. Primero abrió tanto los ojos que parecía que se le fueran a salir las órbitas. Después hizo un gesto con la cara como diciendo, esto es una broma o va en serio, Ottavia? Pero al ver la cara de seriedad que ponía Ottavia, la cara de Lola se fue poniendo menos tensa y más seria, pensativa. Transcurridos unos minutos y de haber meditado bien esa propuesta tan inesperada, por fin habló.

- Iré contigo hasta donde haga falta para resolver este caso. Pero veo un inconveniente.

- ¿Cuál? – Le preguntó, cerrando un poco los ojos y arrugando las cejas.

Tendremos que convencer al comisario y sabes que no será fácil.

- Es sábado, nos queda un día y medio para montarlo todo bien de manera que el comisario nos deje ir.

- De acuerdo, el lunes convenceremos al comisario y nos iremos a Italia lo más pronto posible – dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Iban a tener mucho trabajo ese fin de semana, pero las dos estaban convencidas que podrían ir y salir de esa ciudad que tan amargadas las tenía. Pero no sabían que les esperaba allí, a Italia. Tendrían que ir con mucho cuidado.

Jack y Adam estaban en el sitio que les habían dicho. Era un domingo por la noche y hacía frío. No había mucha luz así que el cielo estaba iluminado por las miles de estrellas que se podían ver y la Luna, en el horizonte, se veía redonda y perfecta. Parecía que es noche todo iba a salir como se había planeado, las órdenes venían directamente de Italia y no podían fallar, de lo contrario, Don se enfadaría mucho. *No se porqué son tan importantes éstos televisores.* Pensó Jack, mientras miraba la carretera solitaria, a ver si aparecía ese maldito camión. Estaban en el quilómetro 24, era una curva poco cerrada y rápida, así que deberían actuar con rapidez y agilidad. Estaban detrás de unos arbustos que estaban a pocos metros de la carretera. Por suerte, no estaban solos. Habían dos compañeros más. Uno estaba en el suelo, le llamaban Totto, haciendo ver que se había roto una pierna y el otro, Pirlo, alertaría al camionero para que parara y le pediría que les llevara a la ciudad. Entonces, cuando Totto les avisara, entrarían en acción ellos dos, dejando inconciente al camionero y se llevarían la mercadería al punto de encuentro. Trabajo fácil.

De repente, apareció un camión. Era más grande de lo que se pensaban y solamente uno de ellos tenía experiencia en conducir vehículos de gran tonelaje. Cuando estuvo a unos 100 metros de la curva, Pirlo le hizo señales con las manos para que el camionero parara, mientras Totto chillaba como un niño pequeño. El camión se puso a un lado y el camionero bajo corriendo. Entonces, Totto hizo la señal que habían pactado entre ellos y Jack y Adam entraron en acción. De repente, se abrieron las puertas de detrás del camión y en cuestión de segundos aparecieron un grupo de policías armados hasta los dientes. Pirlo y Totto intentaron sacar las pistolas pero fue inútil. Pirlo recibió un tiro en el pecho y cayó al suelo, muerto en el acto, mientras que Totto la dio una bala en la rodilla. Jack y Adam ya habían huido dirección al coche que tenían en un terraplén por si alguna cosa salía mal.

- ¿Estás bien, Jack? No te han dado, ¿verdad? – dijo Adam, respirando con dificultades.

- No, tranquilo. Solamente me ha dado una bala de goma – dijo Jack, sonriendo.

- Menos mal que hemos podido huir, sino a ver como explicamos lo que hacíamos allí – dijo Adam, que ya respiraba mejor, estaba más tranquilo.

- Pues si. En fin, creo que deberíamos llamar a Coti y contarle todo lo que ha pasado ¿no? – dijo Jack, con cara de satisfacción.

- Si, llámalo y dile que quedamos en el bar de siempre en una hora.

- De acuerdo.

Cogieron la carretera paralela al lugar del accidente y siguieron durante unos veinte minutos antes de coger la salida que los llevaría hasta la ciudad. Estaban callados y escuchando la radio. Los medios de comunicación ya habían llegado el lugar de los hechos y estaban especulando si era un intento de robo por parte de dos aficionados o era cosa de una banda organizada.

Pasados 30 minutos llegaron al bar donde habían quedado y Coti ya estaba a la puerta esperando, impaciente y con cara de pocos amigos. Cuando bajaron del coche, los tres entraron al bar y pidieron tres cervezas para hacer más amena esa reunión, aunque Jack y Adam sabían que de amena no iba a tener nada. Se sentaron en la mesa de siempre y le contaron todo.

- Mierda de *caravinnieris*!! – exclamó Coti, muy enfadado por lo que había sucedido.

Tranquilo Coti – dijo Jack, intentando calmarlo – solamente ha sido un cargamento de televisores, podemos robar otro. – Le dijo, esperando su reacción.

- Tienes razón, Jack, mucha razón. Podemos robar otro. – Dijo Coti, más calmado.

- La lástima es que se han cargado al único que sabía conducir vehículos tan grandes, tendremos que buscar otro. – dijo Adam.

- Pues si, y ahora mismo vamos cortos de gente preparada para este tipo de robos – dijo Coti. Pero él sabía que ese par no volverían a robar más. Harían otro trabajo y ya no estarían a sus órdenes, sino que deberían dar explicaciones a la mano derecha de Don Cannioneri y eso querría decir que harían un trabajo muy importante. – Mirad, chicos, vosotros ya no pintáis nada aquí.

- ¿Qué quieres decir con esto, Coti? – preguntaron los dos a la vez, sorprendidos.

- Pues que, seguramente, os deberéis ir de la ciudad. De hecho, deberéis ir a otro país. Según mi información todavía por confirmar, las dos agentes se van hacia Italia a investigar la muerte del padre de la agente más grande, Ottavia. Se ve que han descubierto que el asesinato del pobre desgraciado de la iglesia tenía algo a ver con la mafia y con el padre de Ottavia. – paró un momento a que asimilaran toda la información y dio un trago a su cerveza.

- ¿Esto quiere decir que hemos de hacer las maletas e irnos ya? – preguntó Jack.

- No, todavía no. Esperaremos a mañana, a ver que pasa. Creo que todavía tienen que convencer al comisario y no será nada fácil. Así que mañana estad atentos al teléfono, porque, según como vayan las cosas, la semana que viene os vais a Italia, señores.

Los dos chicos se quedaron pensativos, mirando a ningún lugar. Deberían irse a otro país y vigilar a esas dos agentes. Eso no entraba dentro de sus planes, eso no se lo esperaban, pero no podían discutir las órdenes que venían de altas esferas. No les quedaba más remedio que hacer caso.

- Muy bien, Coti – habló Adam, que fue el primero en reaccionar.

- Sí, iremos. Esta misma noche prepararemos algunas cosas, de esta manera mañana estaremos completamente disponibles e irnos cuando nos lo digas. – dijo Jack, muy seguro de sí mismo.

- Muy bien chicos – les dijo, mirándoles a la cara – ¿Sabéis una cosa? He trabajado poco con vosotros, pero me habéis caído bien, la verdad, y os deseo que os vayan bien las cosas por esas tierras. Ya me gustaría a mí poder salir de esta mierda de ciudad.

*Mira, ahora resulta que le caemos bien a este payaso. Esto ya es lo último que esperaba oír de la boca de esta escoria. En fin, paciencia Adam. Ahora nos vamos a Italia y no tendrás que aguantar a este hombre, aunque deberás aguantar otros de peores. Paciencia, Adam, paciencia.*

*No quiero ni saber lo que estará pensando Adam de todo esto. En fin, Jack, en que coño nos hemos metido, ahora nos tenemos que ir a Italia, que mierda. Además, dependeremos del Don. Quien iba a decir que esto iba a acabar así. Claudicar, Jack, no hay otro remedio.*

Después de estar hablando de unos cuantos detalles poco relevantes, salieron los tres del bar. Se despidieron de Coti y Jack y Adam cogieron el coche. Se dirigieron a su apartamento para ir haciendo los preparativos a la espera de lo que pudiera ocurrir al día siguiente. Entrada medianoche, los dos fueron a dormir a sus habitaciones, con la idea en la cabeza de que muy probablemente, esa semana, sus vidas darían un cambio y que las cosas irían a peor.

## CAPÍTULO 3

Ottavia miró por la ventana del avión. Ya hacia más de dos horas que estaban volando y empezaba a hacerse pesado. A su lado, Lola dormía profundamente, con los papeles del caso encima de la falda y un gintonic encima de la bandeja. Aunque no lo demostraba, estaba muy orgullosa de ella. Hacía poco que se había incorporado en el cuerpo, pero ya demostraba los atributos y el instinto de los buenos policías. Había superado su problema con las drogas y siempre estaba dispuesta a trabajar hasta altas horas de la noche. Era joven e impulsiva, pero con los años estaba segura que lo llegaría a controlar.

No hacia ni 24 horas que se habían ido pero ya se sentía muy lejos de la ciudad que tanto odiaba. Pensó en las calles oscuras y sucias, el río contaminado, la gente gris y triste que simplemente pasaba por la vida, sin disfrutarla. Toda esa mierda le había vuelto tal y como era, amargada y desconfiada.

El avión empezó su lento descenso, devolviéndola al presente. Lola seguía durmiendo, despreocupada y tranquila. El Mediterráneo, de un color azul intenso, basto y enorme bajo sus pies, abriéndose paso hacia África. A medida que iban bajando, empezó a distinguir los pueblos, los campos y los caminos. Las casas, pintadas de colores claros para repeler el calor, se apilaban junto a las calles con pendientes imposibles, aferrándose a la montaña para no caer al mar, donde pequeñas embarcaciones flotaban, balanceándose al ritmo de las olas.

Pasados unos minutos, llegaron a Catania. Había crecido mucho desde que se había ido hacía más de treinta años, pero todavía tenía ese encanto de las ciudades italianas, calorosas, llenas de luz y ruido. Con un codazo, despertó a Lola.

- Ya hemos llegado, Lola.

- Mmmm...-contestó ella con los ojos cerrados – me he quedado frita.

- Venga, despierta, que hemos de ir bajando.

Cuando salieron del aeropuerto fue como si hubieran abierto un horno. El calor era insoportable y la elevada humedad no ayudaba. En unos instantes, ya estaban sudando.

- ¡Espero que el hotel tenga aire acondicionado! – dijo Lola.

- Lo ha reservado el departamento...- dijo Ottavia, entre risas.

- Uf!

Pararon un taxi y se dirigieron al centro de la ciudad. El hotel estaba situado a la parte vieja, muy cerca de la Vía Etnea, la calle más importante de la ciudad. Solamente llegar, decidieron dejar el trabajo para el día siguiente, era demasiado tarde par ponerse a investigar, y sabían que no les venía de un día. Al entrar en la habitación se quedaron sorprendidas de la generosidad del cuerpo de policía. Les habían registrado en una habitación doble, en la cual las dos habitaciones se comunicaban por el

lavabo. Cada una tenía una enorme cama de matrimonio y una mesa con dos sillas. Ottavia deshizo la maleta en un santiamén, mientras Lola se sentaba en la cama.

- ¿Quieres ir a dar una vuelta y tomamos algo? Aún es temprano – dijo Lola.

- Me parece que no Lola, estoy un poco cansada y la verdad es que me duele la cabeza. Me ducharé y me iré a la cama, si no te molesta.

- No digas tonterías, claro que no me molesta. Y si no te molesta a tu, yo si que me iré a dar una vuelta. Hace una noche preciosa. ¡A ver que pillo por ahí! – dijo, riendo.

- Está bien, pero vigila, que te conozco.

Cuando se quedó sola, Ottavia se sacó los zapatos y se tumbó en la cama. Estaba demasiado cansada incluso para ducharse. El viaje había sido agotador, y el golpe en la cabeza todavía le dolía. Un airecillo entraba por la ventana, moviendo las cortinas, refrescando el ambiente. De repente, se dio cuenta que estaba pensando con el comisario y en la reunión que habían tenido antes de irse. Con los ojos cerrados podía ver toda la escena como si estuviera volviendo a pasar en ese mismo instante.

-¿Me puedes repetir lo que me has dicho, Fuschino? ¡Porqué no la he acabado de entender! – dijo el comisario, levantando se de la silla.

- Le he pedido permiso para poder ir a Italia, señor. Creo que sería bueno para el

La cara del comisario no auguraba nada de bueno. Se movía de un lado a otro de la estancia, con las manos en la cadera, parecía un león enjaulado.

- ¡Se da cuenta que esto es una temeridad! Ellos ya saben quién es usted, inspectora. ¿No cree que la estarán vigilando? A usted y a la agente Gomes. A todos nosotros. Ir a Italia es provocarlos. Desde aquí podemos hacer nuestro trabajo sin riesgos.

- Tal vez si que nos vigilen, y tal vez si que haya un riesgo elevado, pero necesito ir a Sicilia, señor. Hay demasiadas cosas que apuntan hacia mí, en este caso. No es un asesinato como cualquier otro que hayamos resuelto y usted lo sabe. Necesito saber que relación tiene mi padre en todo esto. Necesito saber de qué manera estaba relacionado con la mafia y todo esto solamente lo podré investigar si me voy a Sicilia. – dijo Ottavia. Estaba tranquila y segura de sí misma. Le aguantó la mirada al comisario, que estaba de pié, quieto, al lado de la mesa, mirándola.

Pasaron unos minutos hasta que finalmente Niemans habló. Había sacado un cigarrillo que ahora colgaba de sus labios, consumiéndose. Hizo la última calada y lo apagó en el cenicero.

- Entendido – dijo mientras sacaba los últimos restos de humo que le quedaban dentro de los pulmones. – Pero hay un par de condiciones. Quiero que Marc y otro agente vengan con ustedes. Tranquila, no se altere – dijo antes de que Ottavia se quejara – ni tan solo los va a ver, pero los pienso enviar como protección. La otra cosa que quiero que hagan es llamarme cada día, ¿está claro? No quiero alertar a la policía siciliana porque todo el mundo sabe que está llena de topos, a si que estarán prácticamente solas.

- Está bien. Le prometo que no estaremos más del tiempo necesario. A mi tampoco me hace mucha gracia ir, pero ha de entender que lo necesito.

El comisario se levantó y se dirigió hacia la ventana. Ottavia lo conocía bien y sabía que ese gesto significaba el fin de la reunión. Se levantó de la silla para irse, pero Niemans volvió a hablar.

- Fuschino, hace muchos años que nos conocemos – no era una pregunta sino una afirmación – Hemos pasado buenas y malas épocas y siempre ha sido una buena agente. No hace falta que le diga que me sabría muy mal que le pasara algo grave. – dijo mientras la miraba fijamente. Fueron dos segundos, pero para Ottavia fueron una eternidad. Finalmente, el comisario se aclaró la garganta y se sentó en la silla – Ahora hablemos de cosas prácticas. ¿Cuándo quieren irse?

- Mañana mismo, si encontramos avión, señor.

Déme 24 horas y váyanse pasado mañana, quiero hacer un par de cosas y no les vendrá de un día.

- Está bien. Nos iremos miércoles.

Al día siguiente, Ottavia se levantó antes de las ocho, renovada y descansada después de haber dormido profundamente. Deshizo las maletas que todavía estaban cerradas y empezó a instalarse. Cuando terminó, su habitación era una versión en miniatura de su despacho. La pared de enfrente de la cama estaba llena de fotografías de cuerpos sin vida, armas de los crímenes, posibles sospechosos y mapas llenos de chinchetas. Encima de la mesa, tenía la pistola, el ordenador y todos los informes del caso. Lola entró por la puerta de lavabo.

- ¡Bueno días! – se la veía feliz. Llevaba puestos unos tejanos ajustados y una camiseta blanca ajustada sin mangas. Llevaba la pistola junto a la cadera y se estaba recogiendo el pelo para luego hacerse una cola.

- Buenos días Lola. ¿Qué tal la noche?

Pse...nada de bueno – dijo mientras bostezaba – ¿Sabes que ayer me pareció ver a Marc por los alrededores del hotel?

- Si...no te lo había dicho. Tendremos un poco de compañía.

- Pues no se si nos serán demasiado útiles, ¡si ya los he visto nada más llegar!

Órdenes del comisario. Quería que tuviéramos algo de protección por si las cosas salen mal – dijo Ottavia mientras habría la puerta.

-¿Qué tienes pensado hacer hoy? La verdad es que no sabría por donde empezar... - Iban bajando las escaleras y en menos de un minuto ya habían llegado a la calle. Una calle llena de luz y colores, niños jugando y chillando y mujeres grandes que iban comentando el día, sentadas en pequeños grupos frente a las casas.

- Creo que lo mejor sería ir a la comisaría donde trabajó mi padre. También deberíamos de ir a buscar su certificado de defunción. La mayoría de sus compañeros ya deben haber muerto, pero a lo mejor encontramos a alguien que lo conociera en vida.

Iban tan concentradas que no se dieron cuenta que un par de ojos las estaba observando desde el otro lado de la calle. Eran unos ojos oscuros que se escondían detrás de unas gafas de sol. Las observó hasta que giraron la siguiente calle e hizo una llamada.

Lola y Ottavia llegaron a la conclusión que lo mejor que podían hacer era separarse y de esta manera ganarían tiempo. Así pues, Ottavia se dirigió hacia la comisaría y Lola se dirigió al registro civil, a ver si allí le podían conseguir el certificado de defunción del padre de Ottavia.

Iba por la Vía Etnea, que iba directamente a la Piazza Stesicoro. Cuando llegó a la plaza quedó fascinada. Había un gran anfiteatro romano muy bien conservado, rodeado por baranda y unos cuantos árboles, con un césped de un color verde muy intenso, haciendo de ese sitio un sitio perfecto para descansar y contemplar esa magnífica obra. Se dirigió hacia el anfiteatro para verlo más de cerca, aunque no podía perder demasiado tiempo. Justo en ese momento, le vino un pensamiento que se remontaba unos cuantos años atrás.

Ella tenía 14 años y estaba con sus padres, que todavía no se habían separada. Iban de excursión a ver a sus tíos, que vivían a Tarragona, donde pasarían unos días y su padre le prometió que irían a ver el teatro romano y le contaría alguna historia sobre ese sitio. Lo único que recordaba es que los teatros se podían inundar de agua y representar guerras navales, con barcos llenos de soldados, defendiendo su vida y luchando por un imperio que acabaría por sucumbir por culpa de los problemas que los emperadores no pudieron solucionar. Una lágrima resbaló por su mejilla, recordando esos días tan felices que pasó con sus padres.

Dos años más tarde se separaron y Lola tuvo que buscarse la vida de la mejor manera que pudo. A lo mejor no fue la mejor idea tirarse a las drogas, pero entonces era una inocente y no sabía lo que se hacía. A veces pensaba que las drogas le habían ayudado a olvidar ese mal sueño que para ella, se hizo eterno. Pero era una idea que se la sacó de la cabeza rápidamente, ya que las drogas no ayudan en nada.

Un aire fresco la despertó de su sueño y se dio cuenta que había pasado casi media hora y todavía le quedaba un buen camino para llegar al registro civil. Si hacia tarde al lugar donde había quedado con Ottavia, la mataría. Así que decidió coger un taxi, aún sabiendo que la fama que tenían los italianos en la conducción no era buena.

Al subir al taxi, vio de reojo un coche con matrícula española. *Qué pesados que son estos dos, a ver si se esfuman de una vez y nos dejan trabajar tranquilamente.* Pensó, indignada. En menos tiempo de lo que ella pensaba, llegaron al registro civil de la ciudad. Era un edificio que conservaba la fachada romana, pero habían añadido a un lado y al otro del edificio, dos bloques con oficinas y todo el interior era nuevo, pero intentando imitar las columnas, con diferentes estilos como el jónico o el dórico. Cuando entró en el edificio, se dirigió a conserjería.

- *Scusilo, signore* – Le dijo Lola que esperaba que es bueno hombre entendiera un poco el catalán o el castellano.

- *Buongiorno, che cosa volete?* – Le dijo ese señor de cabello canoso, con una barba muy bien cuidada y con unos ojos de color gris azulado.

- *Scusilo* – era casi todo lo que sabía decir – *parlate il castellano?* – le dijo Lola.

- Sí, sí, hablo el castellano. De hecho me llamo Joan y soy de Barcelona. Lo que pasa que vine de vacaciones a Catania y me quedé – Le dijo, con una sonrisa de oreja a oreja - ¿Qué hace una catalana por estas tierras? – sabía que era catalana por el acento que tenía Lola.

- Uy, que bien! Hoy estoy de suerte. Pues mire, estoy aquí por trabajo, solamente estaré unos días. Soy...bueno, soy agente de policía y venía a buscar unos documentos. Me preguntaba si es en este edificio donde puedo encontrar el certificado de defunción de una persona...

- Pues sí. Aún te diré más, yo mismo soy quien te tiene que abrir el almacén donde se guardan los certificados – Le dijo, mientras abría un cajón y cogía las llaves.

- ¡Perfecto! – dijo Lola, mientras lo seguía escaleras abajo, hacia el subterráneo.

Bajaron dos pisos y después cogieron el segundo pasillo a la izquierda. Ese lugar era mucho más grande de lo que se pensaba. Era un pasillo corto, con una puerta al final. Las paredes pintadas de color blanco hacían de ese lugar un poco extraño y frío. Había un par de fluorescentes que parpadeaban y le provocó un escalofrío que le recorrió toda la espalda. Joan abrió la puerta y encendió la luz del almacén. Era bastante grande, lleno de estanterías metalizadas de color gris, llenas de cajas blancas.

Se pasó un buen rato hasta que no encontró el certificado de defunción que buscaba e hizo unas copias. Se despidió de ese hombre y volvió a coger el taxi para ir al bar donde había quedado con Ottavia dentro de cinco minutos. *Perfecto, no llegaré tarde. Por cierto, ¿dónde se ha metido ese par? No veo su coche. Es igual, se habrán cansado.* De camino volvieron a pasar por el anfiteatro donde había estado hacía poco más de una hora y le volvió el recuerdo de sus padres, pero rápidamente se lo sacó de la cabeza y se puso a pensar en el caso. Estaba impaciente para ver que había encontrado Ottavia. Seguro que podrían sacar conclusiones en pocos días.

Jack y Adam llegaron a Catania el jueves por la mañana, un día más tarde que las dos agentes, según les habían dicho sus contactos. Tenían un hotel reservado a la Piazza Trento, se llamaba Hotel Jolly Bellini Catania, cerca de la costa y lo suficientemente cerca del hotel de las dos agentes, y lo suficientemente apartados para esconderse si alguna cosa salía mal. De hecho, el día se presentaba movidito. Poco después de llegar al hotel, recibieron una llamada de un hombre que estaba vigilando muy de cerca a las agentes para ver los movimientos que hacían y para controlar que no se metieran donde no debían.

- ¿Diga? – dijo Adam, con cara de sorprendido.

- Hola, soy vuestro contacto – dijo, con la voz distorsionada – Las dos agentes ya han salido del hotel, lo más probable es que vayan a la comisaría. Así que ya sabéis donde ir para empezar vuestro trabajo. Id con cuidado que tienen a dos agentes más que las protegen a todas horas. Ya sabéis que hacer – Y colgó el teléfono.

- Jack, ponte los zapatos que no tenemos tiempo para descansar – Le dijo, mientras se ponía la camisa para ir más cómodo.

Los dos amigos salieron disparados del hotel y cogieron un taxi para dirigirse a la comisaría para vigilar a las dos chicas. De camino, Adam le contó todo lo que le había explicado el hombre del teléfono y llegaron a la conclusión que no matarían a los agentes que protegían a las chicas, no querían matar a nadie más.

Con las prisas que llevaban, no se dieron cuenta que alguien les seguía con un coche blanco, un poco viejo, para no llamar la atención. Era un enviado de Don Carlo para tenerlos vigilados. No se fiaba de ellos, no le gustaba la gente de fuera.

Después de separarse de Lola, Ottavia caminó hasta la comisaría dónde había trabajado su padre. Se sorprendió al ver que recordaba el camino, como si sus piernas fueran solas, giraba a cada esquina si tener que pensarlo. Pasados cinco minutos llegó a la comisaría. El edificio seguía más o menos igual, con algún cambio poco importante como un pabellón nuevo, que se alzaba al lado del edificio viejo y la fachada que había sido reformada.

Aún no sabía bien lo que haría. No podía presentarse allí con su placa. Como había dicho el comisario, no se podía fiar de nadie, pero por otro lado estaba segura que quién lo tuviera que saber, ya sabría que ella estaba en la ciudad. Decidió no decir su nombre ni decir que era policía, estaba segura que la seguían y que sabían que cara tenía, pero tampoco hacía falta ir gritándolo a los cuatro vientos.

Cogió aire y entró en la comisaría. El interior sí que había cambiado. Todo era nuevo, lleno de gente por todos los lados. A la derecha todavía había la ventanilla de información, al fondo la puerta que llevaba a los despachos y a la izquierda las escaleras que llevaban a las celdas y a los almacenes. Los fluorescentes del techo bañaban a unas cincuenta personas con una luz fría y por todos los rincones se oían ruidos de las oficinas, teléfonos y teclados de ordenador. Con paso decidido, fue hacia la ventanilla de información, y con un italiano más fluido que nunca, empezó a hablar con el oficial que estaba sentado.

- Hola buenos días, ¿que podría ayudarme? – el agente se la miró de arriba a abajo.

- Buenos días señora. ¿Quiere hacer una denuncia?

- No, no. Verá, hace muchos años que viví aquí y conocí a unos cuantos de los agente que servían en esta comisaría y me gustaría volverlos a ver – dijo, con su voz más dulce.

- Ah! Y, ¿de cuánto tiempo estamos hablando? – el agente parecía divertido.

- Uy! Ya hará más de treinta años que no venía por aquí.

- Ostia! Debería irse muy pequeña, ¿no? Yo no la podré ayudar. A lo mejor debería hablar con el inspector Galiani. Es de los más viejos que hay por aquí, el año que viene se jubila. – dijo, mientras le guiñaba el ojo.

*Estos italianos, siempre intentando ligar.*

- Y donde lo podría encontrar, agente...-dijo, inclinándose encima de la mesa, intentando leer el nombre.

- Calaio, Luca Calaio, para servirla.

-¿Dónde lo podría encontrar, agente Calaio?

- Ahora mismo debe estar en su despacho. Acaba de volver de almorzar no hará ni diez minutos.

-¿Crees que lo podrías avisar? O mejor aún, ¿que me podrías dejar pasar? – le dijo, con su mejor sonrisa y mirándole fijamente a los ojos.

- Mmm...no debería hacerlo, pero como me has caído bien, te dejaré entrar. Pasa por esa puerta de allí. Al fondo del pasillo, la puerta de la izquierda. Deja que lo llame primero.

Mientras el agente llamaba, Ottavia miró a su alrededor. Fuera, en la calle, todo parecía muy tranquilo. Sentados en un banco vio a un par de abuelos leyendo el periódico. Un poco más lejos, unos niños estaba jugando a la pelota y una pareja se daba apasionados besos bajo un árbol. De repente, una cosa le llamó la atención. Al otro lado de la plaza, le pareció ver a un hombre sentado dentro de un coche blanco muy viejo que miraba fijamente hacia la comisaría. No tenía nada de extraño, pero se puso en alerta. Tantos años de policía le habían servido para algo y se fiaba de su instinto.

- Ya te está esperando – dijo el agente.

- Muchas gracias Luca. Ha sido un placer hablar contigo – dijo, mientras se giraba y se dirigía hacia la puerta.

- ¡De nada! ¡Ey! ¡Aún no se cómo te llamas!

El agente se quedó sin saber el nombre. Solamente pasar por la puerta, Ottavia volvió a ser la que era siempre. Una policía seria con un trabajo a hacer. Aún así, se sorprendió del efecto que habían tenido un par de sonrisas. Normalmente, los hombres no le hacían caso y no se la miraban una segunda vez.

Cuando llegó frente a la puerta llamó y entró. El inspector Galiani estaba sentado detrás de una mesa llena de papeles. Tenía una melena de cabellos blancos, que le quedaba bien con sus cejas pobladas, que hacían destacar aún más sus ojos verdes. Tiempo atrás seguramente había sido un hombre muy atractivo, pero los años y el trabajo le habían pasado factura. Tenía la frente y el contorno de los ojos lleno de profundas arrugas que le hacían envejecer 10 años más. Ottavia estornudó para hacerse notar.

- Ah! Hola, ¿en qué puedo ayudarla? – le dijo con una sonrisa de oreja a oreja. Tenía los dientes perfectos, de un blanco intenso.

- Hola, mira, hace 35 años que estuve en esta ciudad y en esa época trabajaba un inspector que conocí. Me gustaría saber si podría encontrarlo en algún sitio.

- 35 años son muchos, pero lo intentaremos. Como se llamaba el inspector que está buscando.

- Constanzo Fuschino. – la cara del inspector cambió de repente. La sonrisa desapareció y a Ottavia ya no le pareció tan amable.

- El inspector Fuschino murió hace muchos años, lo siento.

-¿Usted lo conoció?

- Mire, este es un tema que no quiero tocar. Si me disculpa, tengo mucho trabajo. Buenos días – Se levantó y le abrió la puerta.

- No he sido del todo sincera con usted, inspector. Ya sabía que Fuschino estaba muerto. – Ottavia respiró hondo y se quedó mirando a Galiani. No sabía qué hacer. Podía irse e intentar encontrar ella la información por otro lado o explicarle la verdad al hombre que tenía en frente. Si la mafia sabía que había llegado a la ciudad, que era lo más probable, seguramente ya sabrían donde estaba y que quería

hacer. Ahora que lo pensaba era extraño que aún no hubieran intentado hacerle nada. A ella o a Lola. — mire, ahora mismo me es igual si usted es de fiar o no. Solamente quiera saber cómo murió mi padre.

Fuera en la calle, el hombre que estaba en el coche blanco estaba impaciente. Nunca le había gustado el trabajo de vigilancia y con los años que hacía que trabajaba para Don Carlo, no entendía porqué le habían encargado a él ese trabajo. *Hay jerarquía, ¡joder! ¡Esto podría hacerlo cualquiera de los chicos!*

Los dos chicos nuevos a quien vigilaba habían llegado hacía cinco minutos a la comisaría y ya habían ido a hacer un café. Siempre pasaba lo mismo con los jóvenes, se cansaban en nada y cometían errores. Tenía una sensación extraña con esos dos. Era más un presentimiento, y había algo que no funcionaba. De momento habían hecho todo lo que se les había dicho, pero habían salido de la nada y eso nunca había gustado dentro de la familia.

Justo en ese momento la inspectora Fuschino salía de la comisaría. Caminaba con paso rápido y decidido al centro de la plaza. Parecía una mujer con carácter fuerte, seguramente fruto de muchos años trabajando como policía. *Sería tan fácil matarla, pesó, un tiro en la cabeza y fuera problemas.* La siguió con los ojos hasta que desapareció en la siguiente esquina. Los inútiles de los nuevos ni tan solo habían salido del bar. Transcurridos cinco minutos, aparecieron caminando tranquilamente. El chico más grande le estaba explicando algo muy gracioso porque no paraba de gesticular y reír. De repente, el acompañante sacó un móvil del bolsillo y estuvo un par de minutos hablando con alguien. Cuando terminó, se miraron y dejaron de reír, dieron media vuelta y se dirigieron al final de la plaza, al centro de la ciudad.

El hombre del coche se puso las gafas de sol y encendió el motor. Se conocía la ciudad como la palma de su mano y adelantó a esos dos inútiles por una calle lateral. Cuando los volvió a ver, todas sus sospechas se hicieron realidad. Escondido en un callejón, uno de los chicos hablaba con la inspectora mientras el otro vigilaba la calle. Por un momento se sintió decepcionado. No por los chicos, que realmente le importaban poco, sino más por la inspectora, se la imaginaba más lista. No entendía como se había podido arriesgar de esa manera y estaba convencido que ella sabía que la estaban vigilando.

Se esperó en un café pequeño poco concurrido, que estaba al otro lado de la calle para poder ver cual sería el próximo paso que harían, además, no tenía prisa. La discusión que mantuvieron se alargó más de lo que él esperaba, y cuando terminaron, cada uno se fue por un camino diferente. Escondido detrás de sus gafas de sol, el hombre del coche blanco viejo decidió seguir al más grande, sería una presa fácil y de esta manera podría atraer a su compañero.

Caminaba tranquilo, con las manos en los bolsillos, mirando a las chicas que pasaban. Ni una sola vez miró hacia atrás para vigilar que nadie lo siguiese. Poco a poco, sin prisa, el cazador iba disminuyendo la distancia entre él y su presa, esperando el mejor momento para atacar. Era un experto, no hacía falta correr y lo que hizo después, era mecánico, lo había hecho tantas veces que no tenía ni que pensar. Cuando llegó cerca del lugar dónde aparcó el coche hacía pocos minutos, con un golpe seco le abrió la cabeza con la culata de la pistola y antes de que cayera al suelo, la cogió y lo metió dentro del coche. Nadie había visto nada, y si alguien había sido testimonio, nadie diría nada. Esas cosas pasaba a menudo en la ciudad y todo el mundo conocía el coche blanco escacharrado del matón de Don Carlo.

Ottavia estaba muy enfadada. No entendía como se les había pasado por la cabeza a ese par ponerse a hablar con ella en medio de la calle. La bronca había sido monumental, pero inútil. Sabía que la estaban siguiendo y ahora los dos chicos y todo el operativo estaban en peligro. Así que se separó de ellos y fue corriendo hacia donde había quedado con Lola.

-¿Son idiotas o que, este par? Mira que les dejamos bien claras las cosas – decía Lola, más enfadada que nunca. No se podía creer lo que le estaba diciendo su compañera y amiga.

- Pues sí, créate lo que te digo. Me han parado en medio de la calle, muy nerviosos, que querían hablar conmigo inmediatamente. Suerte que había un callejón cerca de donde estábamos, pero estoy convencida que nos han visto y ahora tendremos problemas. A lo mejor tendremos que volver a casa sin ningún tipo de información por culpa de estos inútiles.

-¡No digas eso, Ottavia! Tengo el certificado de defunción y tú has podido comprobar que la gente se asusta cuando les hablas de tu padre y no quieren hablar del tema, ¡estamos más cerca que nunca! – decía, mientras la cogía por los brazos.

- A lo mejor tienes razón. Nos quedaremos unos días más a ver si podemos conseguir más información. Volveré a ir a la comisaría a hablar con ese hombre, pero fuera de su horario de trabajo, a lo mejor así consigo que me diga alguna cosa.

- Así me gusta, Ottavia! Por cierto, ¿qué hemos de hacer con ese par? Debemos hablar con ellos y avisarles que vayan con cuidado, o incluso que se vayan del país, que más bien nos molestan... – dijo, medio indignada.

- Sí, es verdad. Voy a llamarlos.

Primero, llamó a Jack y no contestó, directamente salió el contestador. Luego, llamó a Adam y tampoco contestó, pero este sí que dio señal. Ottavia sospechó, seguro que los habían cogido hablando con ella y ahora estarían en un coche, con la cabeza tapada con una bolsa negra, de camino a casa del Don. *¡Mierda, mierda! ¿Ahora que se supone que hemos de hacer Lola y yo? ¿Tenemos que ir a ayudarlos?*

- Ottavia, ¿qué está pasando? – Preguntó Lola, con cara de preocupación – ¿Es lo que me pienso yo? No contestan, ¿verdad?

- No, no han contestado. Ninguno de los dos. Tenemos un problema. Ahora seguro que nos seguirán y no nos dejarán trabajar tranquilamente. Tendré que llamar al comisario, a ver que nos dice – Dijo, mientras se sentaba en un banco, derrotada.

- Será lo mejor, ¿pero sabes que nos dirá? Nos dirá que olvidemos a esos chicos y que volvamos a la ciudad y que dejemos el caso. Que cojamos unas vacaciones pagadas y todo arreglado. Y a mí no me da la gana dejar a esos chicos solos por aquí, ¿me entiendes? – Empezaba a estar enfadada.

- Sí, sí, te entiendo. Pero mi obligación es llamar al comisario y explicarle la situación y él decidirá, ¿de acuerdo? – Le dijo con una voz suave, intentando calmarla.

- De acuerdo, de acuerdo. Vamos al hotel y llamemos al comisario, a ver que nos dice. ¡Venga, vamos!

Las dos amigas se levantaron del banco y cogieron el primer taxi que vieron. Se dirigieron al hotel con el pensamiento sumergido en todo lo que les podría pasar a sus dos compañeros. Seguro que ya estarían a casa del Don, y eso quería decir que deberían sufrir muchas calamidades, sino la muerte, antes de que ellas pudieran hacer alguna cosa. Pero lo tenían que hacer, si más no intentarlo. No podían dejarlos allí, tirados y abandonados y huir con la cola entre las piernas. Tenían poco tiempo, a lo mejor un día como mucho, pero estaban preparadas y estaban muy seguras de lo que iban a hacer. Solamente les hacía falta una cosa: el permiso del comisario. O no.

Cuando se levantó, no recordaba el que le había pasado. No sabía dónde estaba ni como había llegado. Sentía unas voces lejanas, hablaban italiano y chillaban mucho, estaban nerviosos, y eso no les gustaba nada.

De repente, le vino un dolor de cabeza terrible y no pudo sofocar un grito. Abrió los ojos, pero lo veía todo negro, como si no hubiera luz. Por un momento, se puso muy nervioso, a chillar, se pensaba que le habían arrancado los ojos o a saber qué. Pero sin darse cuenta, un hombre le sacó la bolsa y una luz cegadora hizo que volviera a cerrar los ojos y a abrirlos poco a poco, para que la vista se adaptara.

Poco a poco, empezó a ver donde estaba. Era un establo muy grande, para 4 o 6 caballos, seguramente. Pero era extraño, porque no había ninguno. Estaba todo cerrado, menos las ventanas del piso de arriba, donde guardaban la paja, que estaban abiertas para dejar pasar la luz. A medida que iba recuperando la visión, se dio cuenta que alguien lo miraba desde otra silla, un poco más allá de donde estaba él.

Forzó la vista y vio una figura muy familiar. Si, era su amigo, Adam. Tenía un corte en la cabeza y le sangraba bastante, pero no se quejaba. Se miraron durante unos minutos. Sabían que no se podían decir nada porque seguro que les meterían una paliza si vocalizaba una sola sílaba. La situación no se presentaba agradable. En frente de donde estaba sentado, tenía a un par de asesinos con un perro cada uno, dispuestos a atacar y matar en el momento en que su amo se lo dijera.

Más cerca de donde estaban ellos, había otro hombre, un poco más bajo, pero con una cara de mala leche que daba miedo. Llevaba una especie de cuerda con un estribo al final y los miraba fijamente, mientras iba jugando con su instrumento de tortura. Y para acabar de complicar la situación, había un silencio aterrador, roto por el ruido de una ventana, balanceada por el frío viento que entraba en ese sitio.

A los pocos minutos, alguien entró por la puerta. Iba muy bien vestido, con un vestido blanco y zapatos a juego, con una corbata y camisa negra. Tenía el pelo engominado hacia atrás y una barba muy bien arreglada. Las arrugas de la frente y de los lados de los ojos indicaban que ese hombre ya pasaba de los sesenta y que había vivido su vida al límite. Sin duda que era el Don, Don Carlo. Se acercó a los dos amigos y se quedó mirando fijamente unos segundos, decidiendo a quien mataría primero.

- Habéis llegado muy lejos, Adam y Jack – sonrió, enseñando una dentadura blanca y tocándose la barba con la mano derecha. – O os debería llamar Noah y Nathaniel? – Su sonrisa se fue apagando poco a poco.

Los dos amigos se miraron. No sabían que decir. No sabían cómo reaccionar. No sabían cómo habían llegado a ese extremo. No sabían cómo sabían sus nombres. La única cosa que sabían era que les quedaban pocos minutos de vida. De repente, Noah vio como el hombre vestido de blanco sacaba algo de un bolsillo interior de su americana. Era una pistola. Apuntó a su compañero directamente a la cabeza. Se acercó un poco más hasta que el frío hierro tocó la débil carne de Nathaniel. Y sin pensarlo dos veces, disparó. La sangre llegó hasta donde estaba Noah y el vestido blanco inmaculado de Don quedó manchado de la sangre de su amigo.

- Encerradlo. Esperaremos un día más. – Dijo sorprendentemente calmado a sus hombres, mientras miraba a Noah con una mirada fría y llena de odio.

Mientras cruzaba el jardín en dirección a su casa, Don se miraba la manga derecha de la chaqueta. Hacía cinco minutos era de un blanco inmaculado pero ahora tenía una pequeña mancha de sangre a la altura de la muñeca. El resto del vestido seguía impecable, pero esas manchas ya no se irían y debería hacerse un vestido nuevo. Entró en su casa y se dirigió a su despacho. En un momento ya había llamado al sastre y se había cambiado de ropa. El Don era un hombre elegante. Su padre siempre le había dicho que un hombre se le respetaba más si iba bien vestido y limpio, y él lo había aplicado siempre al pie de la letra. Se estaba poniendo los botones al puño de la camisa cuando alguien llamó a la puerta.

- Avanti!

- Don, disculpe que le moleste – era Fabio – ya está todo arreglado. ¿Dónde quiere que dejemos el cuerpo?

- Me parece que no hará falta que lo dejemos en ningún sitio. Estoy seguro que ellas vendrán por si solas. Ya no hace falta jugar a ladrones y policías con estas agentes. En esta obra todos los actores ya han salido a escena y solamente queda ver el desenlace. Habéis tenido algún problema más con los Pessoto? – dijo, cambiando de tema.

- No Don. Todo en orden.

- Está bien Fabio. Gracias.

Inmediatamente después de que Fabio saliese del despacho, Don se sentó en el piano. Tocar no solo le ayudaba a relajarse, sino que también le ayudaba a pensar. Empezó tocando Chopin, como siempre, pero se sorprendió tocando *Clari de Lune* de *Debussy*. Había sido una de las piezas preferidas en su juventud pero hacía años que no la tocaba. Emitía recuerdos y sensaciones que había decidido enterrar hacía muchos años, cuando había dejado de ser un chico para convertirse en un hombre.

Las notas le transportaron al pasado, en un tiempo donde se había de preocupar de mirar por encima de la espalda, en un tiempo donde las tardes eran largas paseadas por la playa, sintiendo la mano de una chica entre los dedos, no el acero frío de una pistola.

Cuando la última nota se apagó, Don se obligó a pensar en todo eso que había ganado durante los últimos años. Era uno de los hombres más poderosos de la isla, tenía negocios millonarios por todo el mundo, tras casas y un velero. Sus amigos le apreciaban y sus enemigos lo respetaban. Tenía una mujer maravillosa y una hija preciosa que sería una buena médico. No podía pedir más, pero esa canción le habían hecho recordar una sonrisa y unos ojos verdes.

A sólo unos kilómetros de la finca de Don, Lola y Ottavia intentaban decidir que harían. Por un lado estaba claro que ya no podían seguir con la investigación como si nada. Nunca habían tenido esperanzas de pasar desapercibidas, pero por culpa de ese par de ineptos todo se había jodido demasiado pronto. Pero también estaba claro que no podrían irse a casa ni podían dejarlos allí a su suerte. Era por su culpa que se habían metido en esa situación y lo mínimo que podían hacer era intentar ayudarlos.

- Ya sé que es lo peor que podía haber pasado señor, pero en el fondo sólo era un par de críos sin experiencia y eso ya lo sabíamos. – Ottavia hablaba con el comisario.

- Nosotros lo sabíamos, sí, pero ellos también sabían dónde se metían. Fueron ellos los que accedieron a infiltrarse en el grupo y fueron ellos los que decidieron seguir infiltrados cuando les propusieron ir a Catania a seguimos. No puedo permitir que dos de mis agentes se lancen solas a una misión de rescate suicida.

- ¿Pero no ve que los matarán? – gritó Ottavia – ¡Y todo por mi culpa! ¡Si no hubiese insistido en venir aquí a investigar sobre mi padre nada de esto hubiera pasado! No tenía ningún derecho a arrastrarlos a todos aquí por una obsesión personal.

- No sólo era una obsesión personal, Fuschino. No os habría dejado ir si no pensase que esta investigación puede ayudar a resolver el caso que tenemos entre manos. Lo que sí está claro ahora es que usted y la agente Gomes han de volver enseguida, allí ya no pueden hacer nada. Quiero...

- ¡No podemos dejarlos! – interrumpió Ottavia.

- Quiero que cojáis el próximo avión que salga para aquí, ¿me ha entendido? – dijo el comisario mostrando su autoridad – Es una orden.

- Sí señor, como usted quiera.

Ottavia colgó. Estaba enfadada y decepcionada. No entendía como el comisario podía dejar a aquellos dos pobres chicos en manos de Don tranquilamente. Nunca se habría imaginado que el comisario pudiese tener esa sangre fría. Ella no la tenía, y por primera vez en su vida decidió no obedecer una orden directa.

Tenían que actuar rápidamente. Hacía menos de dos horas que habían llamado a los chicos, pero a estas alturas ya podrían estar muy lejos. Eso si estaban vivos.

- Lola, corre. Tenemos que irnos. – Hablaba con prisas.

- ¿Irnos? ¿Qué ha dicho el comisario?

- Ha dicho que los dejemos aquí y que volvamos a casa. Pero no pienso hacerlo – dijo antes de que Lola pudiese quejarse. – Tenemos que ayudar a ese par Lola, aunque eso signifique mi carrera. ¿Estás conmigo?

- Claro que sí, ya lo sabes.

- ¡Pues venga!

- Pero ¿dónde vamos? ¿Qué hacemos?

- No creo que sea demasiado difícil encontrar la casa del mafioso más importante de la isla, ¿no crees?

- ¿Y qué pretendes? ¿Ir hasta allí y llamar a la puerta?

- Sería una posibilidad – dijo Ottavia toda divertida – pero antes de decir hola ya estaríamos muertas. Esta gente no se entretiene con formalidades y les da igual si somos policías o no. Debemos entrar de noche. Tendremos más posibilidades.

- ¿De noche? Joder Ottavia, ¡siempre había pensado que yo era la impulsiva de las dos! ¿Te estás escuchando? ¿Pretendes que entremos nosotras dos solas en casa de uno de los mafiosos más poderosos del mundo? ¡No querría entrar ni con todo el ejército detrás!

- Yo tampoco Lola, pero aquí no tenemos a nadie que nos ayude. Aquellos pobres chicos dependen de nosotras, y si no vamos morirán. Tranquila que todo saldrá bien – dijo con una sonrisa triste en los labios –Venga, va. Además, ¿no te quejabas que querías aventuras?

- Eso era cuando nos pasábamos los días sentadas en el bar. Últimamente he tenido demasiadas aventuras...

Al cabo de unas horas tenían todo preparado. Había sido ridículamente fácil encontrar la casa de Don, y ahora lo único que tenían que hacer era esperar a que anocheciera. Ottavia se sentía extrañamente calmada. En aquel rincón oscuro, al lado de la entrada a la mansión, no paraba de repasar todos los pasos que debían seguir. Esperar que pasase el guardia, saltar la valla y correr hacia el rincón más alejado de la casa. Era fácil.

Lola no parecía tan segura del plan, no paraba de repasar sus armas y la munición mientras miraba constantemente hacia dentro del oscuro jardín. ¿Qué podrían hacer ellas dos? Sólo tenían su armas reglamentarias, no sabían que había dentro ni si habría más hombres vigilando la casa. Pero como siempre confiaba ciegamente en Ottavia y el remordimiento habría sido demasiado fuerte si hubiese dejado a aquellos dos chicos a su suerte.

Justo en ese momento, la luna se escondió. Ottavia hizo un señal con la cabeza, el guardia se acercaba y enseguida estaría a su altura. Con un movimiento rápido, Lola se levantó y se puso en situación. Había un roble enorme que proyectaba una sombra sobre el camino y la escondía de la vista. Se esperó unos segundos y justo en ese momento en el que el guardia pasaba, le dio un fuerte golpe en la cabeza con la culata de su arma. Cayó con un ruido sorda al suelo, como un saco. Ottavia lo cogió por las piernas y lo escondió entre unas plantas, amordazado y atado de manos y pies. Todo había pasado tan rápido que la luna aún no había salido de detrás de las nubes. Las dos mujeres se miraron. Lola tenía los ojos brillantes y una extraña sonrisa en los labios. Respiraba entrecortadamente como si acabase de correr los cien metros lisos. Ottavia seguía calmada, con la cabeza despejada.

Se sonrieron la una a la otra, y con un movimiento ágil, saltaron la valla.